

Las alianzas de Adir y Elisha



Alba Lobera Vallejo

(Esto es una historia real, pero que no reproduce personajes reales).

Dicha historia no pretende desprestigiar a ninguna cultura. Tampoco busca el éxito fácil jugando con los sentimientos humanos.

Esta historia, simplemente, es una de las muchas que se perdieron durante las guerras.

El libro que estás viendo ahora mismo, no tiene ninguna intención de explicar los sucesos de la guerra en sí (todos sabemos lo que conlleva una guerra, tanto porque se ha vivido o se ha intentado imaginar), sin embargo, nadie conoce a Adir y Elisha, por lo que este documento está creado con el único objetivo de presentar la historia de esa pareja.

El inicio...

1915 – 2 de julio, 23:17h

Una mujer de cabello negro y corto se encontraba tumbada en una cama de matrimonio. Llevaba un vestido muy ligero y fino, completamente arrugado, y subido hasta el pecho. Las manchas de sudor en la tela destacaban aún más por su fondo blanco. Sus piernas, abiertas, estaban tensas, y por toda su piel corrían frías gotas de sudor.

Una, dos y...

-¡Ahhhhh!-Gritó ella, gesticulando fuertemente. Apretó las sábanas en sus puños cerrados y soltó otro chillido.

-¡Lo estás haciendo muy bien, Esther!-Sonrió una anciana.

Era el tercer parto para esta mujer judía. Estaba dando a luz en el dormitorio principal, tal y como había pedido. No quería ensuciar el resto de habitaciones, ni ser vista por nadie que no fuese la matrona.

De nuevo, agarró las sábanas y sus gritos inundaron el segundo piso de su casa.

Su corazón latía desbocado. Sentía las contracciones y un gran líquido caliente ensuciar las mantas. Sin embargo, le daba igual. No le importaba que, debido a los gritos, todo el vecindario supiese que estaba dando a luz. Tampoco le importaba que su matrona le viese con un aspecto tan sufrido, o que la cama se ensuciase tanto.

Sólo quería que su primogénito naciese fuerte, pues, a pesar de haber sido bendecida dos veces más, ninguno de sus anteriores hijos había sobrevivido si quiera dos semanas.

Desde que Esther era una joven y asistía con tanto interés a sus clases de idiomas, soñaba con ser, en el futuro, una adulta casada con varios hijos corriendo a su alrededor. Al cumplir los quince años, salía con un chico llamado Alfonso, muy formal, culto y de humor ácido. Sin embargo, el padre de Esther falleció de un infarto y ella tuvo que dejar los estudios para ponerse a trabajar. Alfonso la abandonó y el futuro de Esther se vio sumido en una continua mala suerte que la obligó a sacrificar su juventud para cuidar a sus hermanos pequeños y a su madre, delicada de salud.

Se casó hace dos años con un judío economista dueño de una tienda de comestibles.

Los fondos familiares eran desahogados, por lo que Esther no dudó en quedar encinta, al ver que contaban con buenos recursos para la crianza de niños.

Este parto iba a ser el último que iba a soportar su cuerpo, pues la vitalidad de la mujer estaba descendiendo a un ritmo frenético.

-¡Esther, ya queda poco!-Anunció la anciana, llena de ilusión, dando palmadas y sonriendo.

Su esposo se había negado en rotundo a intentar tener más hijos, no por falta de ganas, sino porque no iba a consentir que unos partos fallidos le costaran la vida a su esposa.

Ella insistía en conceder una última oportunidad al destino. El bebé que estaba saliendo de sus entrañas era un hijo más que deseado, era un hijo ansiado, anhelado, un hijo que

parecía ser el último aliento para que Esther pudiese, por fin, tener un motivo para sonreír con toda la sinceridad posible.

-¡Es un niño! ¡Un niño, Esther!-Dijo la anciana, llorando de felicidad. Sostuvo al bebé entre sus brazos y salió del dormitorio.

Esther suspiró. Suspiró con todas sus fuerzas y se dejó caer en el gastado colchón. El llanto de un bebé creció en su cabeza. Había puesto todo su empeño en la gestación de esa criatura, y no iba a separarse de su lado nunca. Le protegería hasta el fin del mundo, y más allá.

-Señora Prieto, ¿mi bebé está bien?-Murmuró con un hilo de voz la nueva mamá.

-Tiene usted un niño hermoso y sano.-Anunció la matrona, entregándoselo envuelto en una manta, y limpio.- ¿Ya han decidido el nombre de este codiciado varón?

-Se llamará Adir.-Gimió, sin fuerzas aún.- Mi Adir.

1930 – 7 de diciembre, 18:02h

Adir creció, sin problemas, en una casa grande, bajo el cariño y las enseñanzas de su madre, las atenciones de su padre, y la cultura judía.

El carácter de este joven era enternecedor. Tímido, sincero, amante de la música y la lectura, le encantaba el mundo de la literatura y contaba con una sensibilidad única. Estudiaba matemáticas en la escuela, y en sus ratos libres devoraba libros como si no hubiese un amanecer próximo. También asistía a cursos de idiomas extranjeros, y se aplicaba lo mejor que podía en inglés, francés y alemán. Sus padres estaban muy orgullosos de él, pero consideraban que debía tomar ciertas lecciones de comportamiento, pues Adir no contaba con muchos amigos, y jamás había salido con ninguna chica.

-Son vacaciones, ¿no te gustaría traerte a algún amigo para cenar?-Preguntó Esther, cosiendo una camiseta.

Había nevado. El gélido aire invernal rompía toda idea de salir a disfrutar del atardecer que rápido daba paso a la noche. La chimenea coloreaba las blancas mejillas de Adir, y proporcionaba confort a su madre.

Adir negó con la cabeza; estaba cansado de escuchar la misma pregunta.

-Están con sus familiares.-Respondió, sentado en una alfombra, disfrutando del baile de la fogata.

-¿Todos?-Insistió su madre.- ¿Ni uno solo está libre hoy o mañana?-Esther pasó la aguja por la camiseta verde.

-Así es, Madre. Todos.

-¿Qué me dices de Shmuel?

-Está en Inglaterra, con su abuela.

-¿Y Anna? ¿No te gustaba esa chica?-Inquirió, colocándose bien el dedal.

-Para nada.

-Pero si hablas mucho con ella...

-Madre, la última vez que hablé con ella fue hace dos semanas, y para pedirle un pañuelo.

-¿No te aburres?-Insistió la mujer, retirándose un mechón rebelde de la cara.

-Sólo me aburro de escuchar las mismas preguntas estúpidas una y otra vez.

Esther calló. Veía a su hijo como un antisocial. Se comparaba con él y meditó por un momento. Ella había tenido muchas amigas. Claro que, por otro lado, su juventud había sido inexistente. Su hijo, que se llevaba muy bien con todos y sabía lo que era la convivencia, no tenía un solo amigo. Se le veía feliz en el colegio, se relacionaba sin problemas con cualquier grupo de chicos o chicas, pero, a la hora de hacer planes, él llamaba a otro tipo de camaradas: los libros o la música.

-Cuando tenía tu edad, trabajaba en la tienda de mi padre, después de su muerte.-
Comenzó Esther, acurrucándose más en el sillón.- Veía entrar y salir a mucha gente, y disfrutaba conociéndoles e imaginando cómo serían sus vidas.

Adir no respondió. Había oído esa historia miles de veces, sobretodo estos últimos días. Pensó en el libro que se estaba leyendo, ese en francés. ¿Cómo terminaría la historia? ¿Por qué le gustaba tanto el nombre de *Simone*? No quería pensar en el final, prefería dejarse llevar por las palabras del autor.

-...Y así, cuando alguien entraba en la tienda, hablaba conmigo, se quedaba aposta para charlar. Tenía muchos amigos, ¿sabes, cielo?

-¿Sí?

-¡Sí!-Respondió Esther, arreglando otro descosido de la camiseta.- Eran maravillosos.

-¿Con cuántos sigues hablando a día de hoy?

-Pues... A ver que piense...-Esther caviló. Conoció a muchas chicas de su edad en aquella época. Se confiaban secretos y siempre hacían planes para quedar más adelante, pero nunca llegó a surgir nada realmente. Pasaban los meses, entraban en la tienda y un buen día, dejaron de tener contacto.

-¿Sí?-Insistió Adir, sabiendo la respuesta.

-Bueno, ahora no te sabría decir.

-No te hablas con nadie, ¿verdad?

-Bueno, no sé.

-Si no eres capaz de darme un solo nombre, es porque no hay nadie.-Adir se giró y contempló los ojos negros de su madre.- Para mí, un amigo es alguien que está siempre a tu lado, y que aunque viva lejos de mí, sigue manteniendo un contacto.

-Y para mí, cariño.

-No, no es cierto. No te hablas con nadie, pero las llamas amigas. No entiendo tu filosofía, Madre.

-¡Ya está bien! Adir. No me contradigas.-Esther se puso rígida y clavó la aguja en la tela de esa camiseta. Juntó sus manos y siguió hablando- Me gustaría que te llevases bien con la gente.

Adir arqueó las cejas y carraspeó

-¿Cómo? ¿Me llevo mal?

-No sales nunca con nadie, ¿por qué?

-¿Tan raro lo ves?

-Estás siempre con tus libros. ¿Qué tienen ellos que no tengan las personas?

-Madre, no hay más que ver la práctica de tu pensamiento: tienes muchos amigos, y poca compañía-Adir se levantó del suelo y se sacudió las manos.- Nunca he tenido problemas con las personas. Todos me caen bien, y me encanta mi clase del colegio. Pero prefiero aprovechar las tardes para estudiar, y desconectar del mundo.

Esther agachó la cabeza para buscar la aguja, y estaba a punto de replicar, cuando reparó en que su hijo se había marchado.

Adir subió a su habitación y cerró la puerta. Se tumbó en la cama y agarró un cojín. No le importaba que el mundo le viese como un bicho raro, pero comenzaba a cansarse de que su familia insistiese en que debía tener amigos.

Se escuchó un agudo maullido, tenue y limpio. Era su gata, *Ágata*, que solía deambular por el segundo piso. Tenía una mezcla de colores que la hacía inconfundible con los demás felinos del barrio, sus ojos claros siempre analizaban todo lo que sucedía a su alrededor, y rara vez permanecía quieta en un sitio.

-Ven aquí.-Dijo Adir, dando unos toquecitos en el colchón.

La gata dio un pequeño salto y obedeció, para más tarde jugar con el dedo de su amo.

-No te cambiaría por ningún humano, ¿sabes? La amistad es algo muy delicado como para ir ofreciéndolo por ahí. Y el amor no todo el mundo lo merece. A veces tengo miedo de ser una de esas personas que no lo merecen.

Ágata maulló y continuó mordisqueando el dedo de Adir.

-No es que no me guste relacionarme con gente. Me relaciono. Pero me gusta dedicar los ratos libres a mi persona. ¿Seré narcisista? Después de pasar un tiempo con alguien, me gusta pasarlo conmigo. No tiene nada de malo, ¿verdad? Me pregunto cómo os relacionaréis los gatos. ¿Sois solitarios por naturaleza? ¿Y si el Ser Humano tiende a ser solitario por naturaleza? No, no creo. Tenemos tendencia al borreguismo. Si fuese una oveja, ¿me morderías?

Ágata empezó a perseguirse el rabo y maulló un par de veces más.

Adir calló y se limitó a acariciar su suave pelaje.

1931 – 2 de febrero, 10:23h

-Veamos. Voy a repartir los exámenes, pero antes, ¿quién puede decirme los rasgos principales del relieve peninsular? Ya sabéis, sobre España.

Adir estaba en un pupitre, sentado. Llevaba en la escuela desde las ocho en punto, y ahora, él y sus compañeros estaban en mitad de una clase de geografía. El profesor, un hombre de baja estatura y constitución gruesa, agitaba con orgullo su bigote cuando

formulaba preguntas complicadas. Le encantaba hablar con los demás trabajadores del centro, y beber el café muy caliente. Por otro lado, sufría de una especie de subidón de ego cuando ponía un pie en su clase.

-Profesor.-Dijo un chico rubio, que había levantado la mano.

-Sí.

-Creo que nadie lo sabe. Ese tema está al final del libro, y actualmente vamos por el cuarto.

-¡Me da igual que no lo hayamos dado! ¿Quién eres tú para cuestionar mis órdenes?

-Nadie, señor. Es sólo que, me preguntaba, si ese tema dará tiempo a estudiarlo o no.

-¿Cómo?-El profesor se sentó en su mesa y agarró los exámenes. Acarició su barba y añadió:- Vale. Fácil. Mañana os examino de eso.

Un fuerte murmullo se levantó en el aula y el profesor tuvo que dar unos cuantos reglazos contra la mesa para que cesaran.

-Ahora, os entregaré estos exámenes. ¡Alfandari!

-¡Sí, señor!

Un quinceañero de cabello negro y piel muy pálida se levantó rápidamente de su silla y corrió hacia donde estaba el profesor. En silencio, cogió respetuosamente su examen y volvió a su lugar. En su cara había alivio.

-¡Pssss! ¡Oye!-Susurró una voz detrás de Adir.

-¿Qué?-Dijo él, con miedo a que el profesor les reprendiera por hablar cuando se debía estar callado.

-Me han dado una nota para ti. Toma.

-¿En serio?

Un trozo furtivo de papel apareció en la mesa de Adir, quien intentó ocultarlo poniendo encima de él un libro.

-¡Pero léelo!

-Ahora no, cuando me den el examen.

-¡Pero si eres de los últimos! Tu apellido está de los últimos.

Adir esperó pacientemente a que le llamasen.

-Tienes una buena nota.-Dijo el profesor.- Me han dado ganas de subirte la puntuación cuando has dicho que ibas a esperar a leerla.-Añadió el maestro, guiñándole un ojo y señalando el pupitre.

Adir se sonrojó ligeramente y rió.

Volvió a su sitio y, con disimulo, sacó la hoja de papel. Colocándola encima del examen daba la impresión de que estaba fijándose en sus fallos, cuando lo que de verdad hacía era ver el contenido de ese pequeño trozo de papel mal arrancado.

*Tengo dos noticias. La primera, adivina qué tienen pensado hacer los **chicos mañana**.*

*La segunda, le **gustas** a Lili.*

El corazón de Adir dio un pequeño vuelco cuando leyó el nombre de su compañera. Sintió su sangre agolparse en la cara y no pudo evitar relamerse. Respiró profundamente durante unos segundos y se giró.

-Deja de inventarte tonterías. Límitate a decirme cuándo y dónde quedamos para eso que quieren hacer los chicos.

-Yo no me he inventado ninguna tontería. Quiere que salgas con ella, ¿a qué esperas para invitarla?

-¿Cuándo quedamos?-Dijo Adir, refiriéndose a los chicos, para saber de ese plan.

-Cuando tú quieras, sólo pídeselo al final de la clase.

Adir rompió la hoja en pedazos y se centró en su examen. Tenía un sobresaliente, sin embargo, la alegría había desaparecido de su ánimo cuando pensaba en el examen de mañana. Un tema de más de quince páginas no daba tiempo a estudiarlo en pocas horas. Era imposible copiar, y, para colmo, ese examen iba a bajarle mucho la nota.

-Y recordad, mañana examen. En cinco minutos habrá una clase de matemáticas en esta misma sala.-Se despidió el maestro. En sus brazos llevaba dos libros y una carpeta roja, que es donde metía los exámenes.

-Bueno... ¡Chicos! Acercaos.-Dijo un alumno cuando se quedaron solos.- Tenemos un plan.

-Un plan, ¡increíble!-Ironizó una joven.

-Cállate Levana.-Contestó.-Esto te interesará. Es sobre el examen de mañana.

-¿Qué pasa?

Todos los alumnos inmediatamente formaron un corro alrededor de ese chico.

-Tenemos tres opciones.-Continuó ese joven, llamado Aaron.

-Di cuáles.

Varios alumnos estaban sentados en el suelo, otros apoyados en sillas y, el resto, se agrupaban entre los pupitres y echaban sus manos en los hombros de los demás, haciendo un ambiente de secretismo más intenso.

-¿Quién piensa que es injusto tener examen mañana?

-Creo que todos.-Respondió Levana, acariciando sus trenzas rubias.

-En ese caso, ¿y si montamos una pequeña revolución y exigimos al profesor que anule ese examen?

-Pero nos pondrá un cero a todos.

-Ya.

-¡No puedo permitirme el tener un cero!-Gritó una chica gordita, de cabello muy corto, que se encontraba al final de la clase.- ¡Este examen es el primero que apruebo, los otros dos me han ido muy mal! ¡Si llego a casa con alguna suspensa, me matan!

-Pero todos tendremos un cero. Todos sufriremos.-Zanjó Aaron, dando una palmada.

-¡Ni hablar! ¡Yo no me uno a la revolución!

-Vale, vale. Hay dos opciones más. Robar el examen.

-¡Ja!-Gritó Levana, y puso los brazos en jarras.- No será la primera vez que hace el examen sobre la marcha. Abre el libro y, ¡hala! Cita lo primero que le pasa por su grasienta cabeza.

-Levana, no ayudas así, nos desesperas.

-¡Sí que ayudo!-Gritó, poniendo los brazos en jarra.- Doy hipótesis. ¿De dónde ibais a robar el examen? ¿Y si no lo tiene en su despacho, qué harás?

-Está bien. Tercera y última-Aaron puso especial énfasis en esa palabra- opción. Evitar que mañana venga a clase.

-¿Estás loco? ¿Cómo vamos a hacer eso?

-¿Aprobáis la tercera opción?

-Si no hay más remedio...-Suspiró Levana, y levantó la mano. Sus pulseras sonaron.- Yo apruebo la opción. Me uno a la operación *Examen traspapelado*.-Ideó, estallando en risas.

-Perfecto. ¿Alguien más?

La mayoría del resto de alumnos levantaron la mano, susurrando, haciendo bromas y riendo.

-¡Perfecto!-Exclamó alegre Aaron, alisándose la camiseta.- Escuchad. Quedamos a las cuatro en la plaza. Allí hablaremos tranquilamente. Los que no vengan no tienen porqué participar en ese plan, pero contarán como testigos, así que ¡no nos delatéis o tendremos problemas!

Adir volvió a su sitio y sacó sus ejercicios de matemáticas.

Nunca le habían apasionado los números, pero sabía que eran de gran utilidad para el mundo. Las letras, su verdadera pasión, las estudiaba en sus ratos libres. Mientras tanto, y dada a su torpeza en el campo de las ecuaciones, debía emplear muchas horas para llevar al día sus lecciones de matemáticas.

Sintió unos toquecitos en el hombro.

-Oye.

-¿Sí?-Adir se giró y no pudo reprimir una mueca de sorpresa. Era Lili.

La joven vaciló un instante antes de preguntar:

-¿Por qué has roto la nota? ¿Acaso no te gusto?

Lili se sentó en el pupitre de Adir y agitó su cabeza. El cabello, moreno, le caía sobre los hombros. Sus ojos verdes pedían una respuesta sincera, y sus manos, regordetas, permanecían quietas en sus gruesas rodillas.

-No me gustan los rumores.-Contestó Adir bruscamente, sin mirarla a la cara.

-No era un rumor. Es la verdad. ¿Te gusto?

Adir la miró. Se quedó fuera de juego, nunca se había visto en una situación así. Intentó ver qué sensaciones le arrancaban ese momento, pero ni si quiera se sorprendió al descubrir que carecía de opinión.

-No lo sé. No. Nunca me he fijado en ti.-Se encogió de hombros.

-Ah...-Lili saltó del pupitre y tembló ligeramente.- Está bien, perdona por hacerte perder el tiempo.

Adir abrió su cuaderno de ejercicios y comenzó a dibujar en la hoja final. La semana pasada había empezado a crear un dragón. Le había puesto nombre: *Sombras*. Debajo del dibujo, había un cuarteto, compuesto por él mismo. Adir disfrutaba imaginándose las aventuras que recorrería el dragón si pudiese existir.

El joven había escrito algunas historias en un cuaderno especial que tenía en su habitación, escondido en un armario. Lo llama *El portal de los mundos*. Cuando quería relajarse, leía sus escritos y se imaginaba que los personajes existieron de verdad. Para él, *Angélica, esa joven insolente que se suicidó para no casarse*, existía. O *Brutus, el perro perdido que tuvo que sacrificar a su esposa para salvar a su pueblo*.

15.50h

-Venga, Adir, ¿cómo has podido ser tan cruel con Lili? La has hecho llorar, ¿sabes?

-¿Qué?

En unos minutos, vendría la pandilla para saber más detalles sobre el plan. Necesitaban evitar que el profesor de geografía llegase al día siguiente a clase, pues se olía en los rostros de los alumnos que un suspenso estaba próximo.

Hacía algo de frío, y a esa hora, poca actividad latía en las calles.

Aaron y Adir estaban sentados en un banco, comiendo chocolatinas.

-Pues eso.-Dijo Aaron mientras sostenía un bollo con sus manos.- Que Lili hoy ni si quiera ha comido por tu culpa. Sus padres le han preguntado qué le pasaba, pero ha dicho que se sentía enferma. Creo que merece una disculpa como mínimo, la pobre se ha acercado a hablarte y tú...

Adir reflexionó. Nunca se le había declarado ninguna chica, y la situación le había pillado por sorpresa esta mañana. Efectivamente, cayó en la cuenta de que había sido muy frío, y qué menos que hablar con ella y dejarle las cosas claras de un modo respetuoso, abierto y sincero.

¿Qué cosas claras? ¿Sobre qué? Adir se sentía perdido. El problema era que no habían hablado de nada sobre eso, y por lo tanto, cualquier idea era una simple hipótesis.

-Oye.-Dijo Aaron, sacudiéndose las migas de las manos.-Va a venir Lili.

-Ah.

-Le he dicho que viniese, porque querías hablar con ella.

-¡Anda! ¿Y esas libertades? Bueno. Sí, tenemos que hablar, claro.

-¡Estupendo! ¿Ves? Cuanto antes mejor.

-Pero, ¿qué le digo?

-Tú deja a tu corazón libre. ¿Qué sientes?

-No lo sé.

Aaron se levantó del banco y cogió varios envoltorios de dulces y golosinas para tirarlos a la papelera.

-Vamos a ver, ¿ella te gusta?

-Nunca me he fijado en ella.

-Entonces, no te disgusta.

-Es simpática. Pero no la amo ni...

-Bueno, tú pídele perdón y deja que ella se explique. En menos de diez minutos la pandilla estará por aquí. ¿Vas a comerte esa galleta?

-Sí.

-¿Me das media?

Adir dejó a su amigo solo un momento para comprar en la tienda de la esquina una botella de agua. Al entrar, todo el mundo le miró y sonrieron.

-Buenas tardes.-Dijo, y cogió una botella de agua.- ¿Cuánto es?

-¡Ja, ja, ja, ja!

-¿De qué se ríe usted?-Preguntó a la cajera.

-¡Adir! Límpiase anda... Si tu madre te viese así, ya te habría revisado la camisa cuatro veces.-Rió, y le ofreció una servilleta.- La mejilla. Eso es.

Aaron estaba hablando con Levana cuando Adir regresó a la plaza.

-¡Eh! Pero si eres tú. ¿Qué tal?-Dijo ella, alisándose la melena rubia con las manos.

-Bien. ¿Vienen los demás?

-Sí, en unos minutos.

-Ha venido Lili.-Anunció Aaron, tirándole de la camisa a su amigo.

-Ah... Sí...

Levana rodeó con su brazo el cuello de Aaron y apoyó su cabeza en el hombro.

-Bueno.-Dijo él.-Habla con tu amada. Estamos en el banco.

Adir reparó en Lili. Llevaba un vestido rojo, discreto, que marcaba su gruesa silueta. Sus ojos claros, nerviosos, no levantaban la vista del suelo. Los tenía enrojecidos y brillantes. ¿Habría estado llorando de camino a la plaza?

-Lili.-Comenzó Adir, cogiéndola de la mano. Ella rápidamente le miró a los ojos, sorprendida.

-Sí, dime.

-Quiero pedirte mis más sinceras disculpas. Esta mañana has venido con todas tus buenas intenciones y te he contestado así. He sido un borde y un completo estúpido.

-Ah...

-Y este tipo de situaciones se me dan muy mal. Olvídate de lo que te dije esta mañana. Eres una chica encantadora, y a mí me caes muy bien.

-¿En serio? ¿Te gusto?

-Sí, eres una amig...

Lili posó furtivamente sus labios en los de Adir, y rápidamente agachó la mirada, relamiéndose.

Adir estaba perplejo.

-Me gustaría salir contigo.-Continuó Lili.- ¿Quieres?

-Emmm... Bueno, vale.

El plan *Examen traspapelado* era sencillo. Unos chicos iban a pegar la puerta de salida de la casa del profesor de geografía al marco con un pegamento muy fuerte. Otros, pincharían las ruedas de la bicicleta, y dos chicas esconderían la cartera del maestro para que no pudiese coger un taxi o un bus a última hora.

Por otro lado, dos chicos, esa tarde, iban a colarse en el colegio para esconder las hojas de examen.

Quién iba a decir que ese profesor iba a sufrir una horrible muerte al día siguiente, atragantándose, y al no poder salir de casa le resultó imposible acudir a un médico o llamar a un vecino si quiera para que le ayudasen.

21.12h

Adir estaba en el segundo piso, Tirado en la cama, con las piernas cruzadas y su pijama puesto. Había terminado los deberes de matemáticas hacía un rato y se encontraba acariciando a *Ágata*.

-¿Crees que Lili es una buena chica?

La felina se encontraba mordisqueando un cojín y dando pequeños saltos en el colchón. Sus maullidos y ronroneos proporcionaban compañía a Adir, y cada vez que él comenzaba a hablar, *Ágata* solía emitir pequeños sonidos.

-¡Eh, no! ¡Baja de ahí!

La mascota había saltado de la cama y estaba olisqueando unas hojas de papel, que eran los ejercicios de matemáticas de Adir.

-Bueno, entonces, ¿crees que debería salir con ella?

Adir se había pasado la mayor parte de la tarde pensando en Lili. Nunca había salido con ninguna chica, y no entendía por qué ella se había fijado en él. ¿Desde cuándo ella está enamorada de él? ¿O no está enamorada y es simplemente un capricho?

Él no pudo evitar sonrojarse cuando la recordó sentada en el pupitre.

De repente se maldijo a sí mismo por haber sido tan estúpido; ahora no dejaba de tener pequeños discursos sentimentales y posibles formas de haber abordado la situación.

Ágata bajó de la mesa y salió de la habitación. Su madre estaba al lado de la puerta y levantó el pie para no pisar a la gata.

-Eh, Adir.

-Dime, Madre.

-Ya es hora de cenar. ¿Bajas?

Esther entró y recorrió con la mirada el cuarto de su hijo. Los papeles estaban algo desordenados. El escritorio tenía borrador y un lápiz sin mina. Un vaso de agua vacío descansaba al lado de un estuche.

-¿Ya has hecho los ejercicios?

-Sí, Madre.

-¿Y qué tal? En nuestra familia hay muchos economistas y físicos.

-Bien.

-¿Qué sacaste en tu último examen de matemáticas?-Preguntó suavemente, sentándose a los pies de la cama. Llevaba un moño recogido.

-Un suficiente.-Contestó el chico, algo nervioso. Su único consuelo era que, al menos, estaba aprobado.

-¿Cómo?

Esther había juntado las manos en su vestido azul, y contemplaba indignada a Adir.

-Así es, Madre. Lo aprobé.

-¿Con un simple suficiente?

-Madre, te prometo que este trimestre verás un notable.

Esther resopló. A su hijo siempre le habían costado las matemáticas, tema que evitaban en la sobremesa familiar. Él siempre conseguía remontar y obtener una nota más que aceptable al finalizar el curso, pero, hasta entonces, la puntuación no subía de cinco sobre diez.

-Tengo noticias para ti.-Añadió la mujer, girando su cabeza hacia un espejo. Sonrió y contempló la ligera separación de sus dientes superiores.

-¿Sí?

-Ha llegado una carta para ti.

Adir apretó los labios y enarcó las cejas. Descruzó sus piernas y, gateando, se acercó a su madre.

-¿Dónde? ¿De quién?

-¡De una chica!-Rió ella, de un modo escandaloso.

-¿Quién?

-¡Ah! ¡Qué calladito te lo tenías, hijo! Esa Lili... ¡Baja, anda! Tu padre quiere hablar contigo después de cenar.

-¿Por qué?

-¡Ay, mi vida! Tienes que aprender mucho sobre mujeres. Baja a cenar, ¡venga!

Jueves, 18:00 – Primera cita de Adir

Esther estaba muy emocionada: su pequeño hijo iba a tener una cita. Su esposo, que se había ido a trabajar, no parecía darle mucha importancia a este asunto, pero eso no la molestó. Supuso que era normal, o al menos eso había dicho su marido que *debido a su condición de mujer, era normal emocionarse por las cosas nuevas que le sucedían a su hijo.*

Quince años hacía que había dado a luz. Había puesto tantas ilusiones en quedarse encinta y en cuidar y criar a su chico... Cada mañana le daban ganas de ir a su habitación y abrazarle. Adoraba oírle andar por el pasillo de casa cuando él volvía. Su hijo tenía una forma de ser un poco peculiar, tímido, reservado. Pero a pesar de ello, no se imaginaba su vida sin él.

Adir estaba en la plaza, esperando a Lili. Se sentía extraño, teniendo una cita con una chica que, aunque conocía desde que tiene memoria, nunca se había molestado en entablar una relación profunda con ella, ni si quiera eran amigos.

Ella apareció diez minutos más tarde.

-Hola, Adir.-Saludó, sonriente.

-¿Qué tal, Lili?

Adir veía estúpido el hecho de haber quedado un jueves, pues hace apenas cuatro horas se acababan de ver en el colegio. No había nada de qué hablar, realmente, y sentía algo de indiferencia hacia su persona. Sin embargo, ella había insistido en quedar a esa hora y en ese día.

-Bien, ¿y tú?-Respondió, pestañeando exageradamente.

-Bien.

Se hizo un silencio. Lili agachó la cabeza y Adir decidió romper el hielo.

-Tenemos que hablar.-Dijo, para comenzar una inocente conversación.

-¡Oh, vaya!-Exclamó ella, abriendo los ojos.- ¿Qué pasa? ¿No te gusto?

-No es eso.

-Pero, ¿te gusto?

-Buf.

Lili cogió a Adir de la mano y lo sentó en un banco. Él se quedó en blanco, sin saber qué hacer. Todo eso le parecía extraño. Claro que, por otra parte, el sexo femenino era algo completamente desconocido. Decidió hacer alguna pregunta.

-Y... Dime. ¿Cuáles son tus aficiones?

-¡Oh! ¡Pues me encanta ir de compras! Es genial, esos vestidos tan largos que venden en la tienda de la calle de atrás son preciosos. A ver cuándo me compra mi hermana uno verde que vi el otro día. Y a ti ¿qué te gusta?

-Me gusta mucho leer. Hace poco adquirí un libro de Charles Dickens. Tengo especial cariño a ese escritor, ¿sabes por qué?

-Pues no, la verdad. Pero tampoco me interesa mucho saberlo.

-Ah...

Lili atusó su cabello y colocó unos anillos que se había puesto entre sus dedos. Miraba al cielo y parecía tener mil cosas en la cabeza. Adir no supo cómo continuar esa situación. ¿De qué podía hablar?

-Y... Dime.-Repitió él.- ¿Qué te gustaría hacer en un futuro?

-¡Me encantaría poder casarme con un cantante! Me enamoro tanto de las voces...

-Oh.

Adir cayó en la cuenta de que esa *cita* no podía ser más forzada.

-Pues a mí me encantaría viajar.-Añadió él.- Poder salir de aquí y visitar Italia, y luego Grecia. Allí, en Grecia, hay monumentos maravillosos. La mitología es algo apasionante, ¿no crees?

-Ajá.-Ella estaba mirando la panadería de enfrente. De ella salía una mujer con una tarta.

-¿Cuál es tu mito favorito?

-¿Eh?

-Tu mito favorito.

-No sé qué es eso. Oye, ¿no tienes algo más interesante de qué hablar?

El joven, que se había acomodado en el banco, contempló los ojos claros de Lili. Por su cabeza pasaban cientos de bruscas contestaciones. Aunque, de lo único que tenía ganas ahora Adir era de agarrar de los cabellos a su *acompañante* y golpearla contra sus libros, para que se documentara más sobre cultura general.

-Pues no sé.-Terminó por contestar, con un suspiro.-Dime tú un tema.

-Ay, ¡Adir!-Rió Lili, juntando sus manos y retirándose el pelo de la cara.- ¡No lo sé! No te conozco muy bien.

Adir desvió la mirada y comenzó a pensar. ¿Qué se había creído la princesita?

-Ni yo a ti.-Contestó.-Cuéntame algo de ti.

-¿Sobre qué?

-No sé. ¿Qué hiciste ayer?

-¿Ayer?

-Sí.-Resopló Adir, sin esforzarse en disimular.

-Mmmm...-Lili se mordió la uña del dedo meñique y se relamió.- Nada, la verdad. ¿Y tú?

Por esa regla de tres, Adir podía contestar lo mismo. Sin embargo, decidió ser más educado.

-Ayer fui a comprar por la tarde con mi madre. Necesitábamos pan y algo de leche. Me encontré con Aaron. ¿Sabes? Le gustan mucho los trenes. Dice que le encanta viajar en ellos, pero que su abuela les tiene algo de miedo. Eso me recuerda que, el otro día...

-Oye.-Cortó Lili, agitando las manos.- ¿Me vas a hablar de ti o de tu amiguito Aaron?

La mirada que lanzó Adir a su compañera fue gélida, y parecía centrar todo el odio de la humanidad.

-Lili.-Dijo Adir, y carraspeó. Se puso en pie y siguió:- ¿Qué pretendes?

-¿Yo? Nada.

Ella se puso también de pie. Respiró profundamente y dijo, en voz baja, sin mirarle a la cara:

-Aaron besó a Levana en la primera cita, ¿sabes? Le dijo que la amaba y que no podía estar un solo día más sin probar sus labios.

-¿Qué quieres? ¿Que te bese?

-No me quieres, ¿verdad?

-¿Qué? Mira.-Adir levantó la voz y frunció el ceño.- No te conozco de nada, ni tú a mí. Si quieres tema, te vas a los burdeles. Déjame en paz, deja de reírte de mí y aprende a no utilizar a la gente.-Espetó, sintiendo un poco de adrenalina en su cuerpo.- No te pego una bofetada porque a una mujer jamás hay que tocarla. Pero das pena.

-¡No! ¿Cómo puedes decirme eso?

Adir se alejó de ella y fue con paso firme a su casa. Ella estalló en llanto, atrayendo la atención de varios de los transeúntes. Sin embargo, Adir ya estaba un par de calles más allá y no pudo escuchar cómo esa chica de complexión gruesa maldecía su nombre.

Abrió la puerta de su casa y cruzó el pasillo, tropezándose con *Ágata*.

-¿Cómo puede ser la gente tan estúpida y tan inculta?-Le preguntó.

Esther, que estaba en la cocina fregando, escuchó a su hijo hablando. Se secó las manos y le llamó.

-¿Qué tal tu cita?

-¿Cita? Eso ha sido una ridiculez.

-¿Por qué? Has intentado besarla y no te ha dejado, ¿verdad?

-No. Es una chica que no conozco de nada, sólo quería que la comiera a besos. Para eso, que se vaya a un burdel.

Esther jadeó y se llevó las manos a la boca, tapándose los labios, que estaban en forma de O.

-¡No digas esa palabra en esta casa, Adir!

1933 – 08 de abril, 5:23h

Adir tenía dieciocho años en la piel. A lo largo de su crecimiento, su constitución, alta y delgada, era admirable. Su pelo negro aún hacía a su piel blanca destacar más. Sus ojos, grandes y ligeramente rasgados, eran de un color castaño suave.

Había terminado los estudios y, actualmente, estaba puliendo su nivel de francés, inglés y alemán en una buena academia de idiomas.

Trabajaba en una biblioteca mientras se pagaba la escuela, y soñaba con ser un excelente historiador. Gracias al trabajo, podía ahorrar para viajar, una de sus mayores aficiones.

-¡Eh! ¡No arméis tanto ruido!-Dijo un chico pecoso.

Adir se había pasado toda la noche fuera de casa, bailando y riendo con sus amigos.

-Gracias por acompañarme.-Susurró él, cuando se encontraba a unos pocos pasos de su casa.

-¡De nada!-Murmuró al unísono su cuadrilla. Algunos de ellos le guiñaron el ojo y otros agitaban sus cabezas.

Una chica rubia de ojos claros se acercó a Adir y le dio un beso en la nariz.

-Llámame más tarde.-Le dijo al oído. Adir podía oler su perfume.

-Vale, Margott. Te quiero.

Adir abrió con cautela la puerta de su casa y se descalzó. Eran altas horas de madrugada. No era la primera vez que se pasaba una noche entera sin dormir, y tenía que vigilar los ruidos que hacía para no despertar a sus padres. Ellos siempre se iban a dormir a medianoche, y él prometía volver a la una como muy tarde.

Más de una vez su madre le pilló infraganti a las cuatro o tres de la mañana. Ella, tolerante, le reprendió un poco, pero prometió no decir nada a su esposo si a cambio él tenía sumo cuidado de no despertar a nadie cuando volviese a casa.

Subió las escaleras y, con los zapatos en la mano, tanteó en la oscuridad y encontró su cuarto sin problemas.

Ágata estaba en la cama de Adir, durmiendo.

-Hoy me he gastado la mitad que el mes pasado en la fiesta.-Le dijo.

-*Miaaaaauu.*

-¡Shhhh! Cállate, no digas nada. He mirado mis ahorros y aún me falta un poco más para pagarme el viaje. Margott vendrá conmigo, aunque no sabe inglés.

Ágata mordió la nariz a Adir y se echó en la almohada.

-Eh, no. Ahí duermo yo. Tú a los pies de la cama.-Susurró, mientras cogía a la felina.

Adir se tumbó en la cama, sin molestarse si quiera en ponerse el pijama. Echó un último vistazo a una foto que tenía en la mesilla y cerró los ojos.

La foto era de Margott.

Ella llevaba cuatro meses saliendo con él. Le encantaban el arte y las matemáticas. De hecho, su verdadera pasión eran los números, el arte era más bien una afición.

Se conocieron en un parque, a través de unos amigos. Ella acababa de salir de una larga y formal relación. El amor por el arte fue lo que les unió.

Desde entonces, quedaron en museos, parques, cines y en galerías de arte.

Adir sentía cariño por ella, la quería y disfrutaba mucho de su compañía.

-¿Cielo?-Se oyó una voz. Era Esther, que entró en el dormitorio de su hijo.

Apartó con el pie a la gata y se alisó la camiseta del pijama. Sentándose en el borde de la cama, acarició el cabello al chico.

-No te hagas el dormido.-Rió sutilmente.-Que sé que acabas de venir.

Adir vaciló un poco antes de abrir los ojos. Se incorporó y fue abrazado por su madre.

Su perfume suave le proporcionó serenidad. Adoraba ese olor.

-¿Qué haces levantada, Madre?

-No podía dormir.

-¿Y eso? Madre, vuelve a la cama.

-No, a estas alturas ya no. Me he desvelado.-Sonrió.

-¿No puedes dormir?

Esther suspiró y contempló la lámpara de la mesilla. Esa lámpara había sido un regalo de su hermana por su viaje a París. Llevaba muchos años en la familia, y era sorprendente su estado de conservación. Siempre que la miraba, recordaba el suave acento de los nativos.

-Tu padre y yo hemos discutido.-Dijo, rápidamente.

-¿Por qué?

-No sé cómo hemos llegado a ese punto. Le he regañado por haberme dejado la ropa tirada por el suelo del pasillo.

-¿Y luego?

-No sé, ha empezado a meterse con mi figura. Dice que ya no soy la misma.

Adir pensó en la silueta de su madre. Sus pechos, pequeños, estaban algo caídos, y la cintura se había ensanchado, pero nunca se había deformado exageradamente, y muchas vecinas tenían bastantes cosas que envidiarla. Sus ojos, por ejemplo. Eran oscuros y grandes. Sus labios, muy delgados. Quizá la nariz algo prominente, pero eso no importaba. Esther era una mujer elegante y fina, pulcra y llena de cariño.

-¿Qué más te ha dicho Padre?

-Nada más, realmente. No importa, cariño. No le he dado importancia.

-Pues estás sin dormir.

-Bueno, ya sabes que soy de sueño muy ligero.

Adir acarició la mano de Esther y bostezó.

-Tienes sueño. Menos mal que mañana por la mañana estás libre, ¿eh?

-Sí.-Sonrió sin muchas ganas.- Por eso hoy vengo tan tarde a casa.

-O tan temprano.-Esther le guiñó un ojo y ambos rieron.

-Madre, ve a la cama con Padre.

-No está.

-¿Cómo que no está?-Dijo Adir, alzando la voz.

-Se ha ido a la oficina.

-¿Por qué?

-No sé. Dice que quería hacer horas extra antes que estar aquí encerrado.

15:13h

Adir estaba trabajando en la biblioteca. Le gustaba el turno de tarde porque era cuando más activo se sentía.

Ese día no tenía demasiado trabajo, así que se limitó a poner al día su correo. Debía contestar a algunas cartas, la gran mayoría eran de familiares.

-Uy...-Susurró.

Una punzada fría le traspasó el pecho. Se le congeló la mirada y apretó los puños entre los que sostenía un sobre pequeño.

Esa carta era de Lili.

La abrió rápidamente. Su corazón latía fuerte, más por la curiosidad que la emoción.

Mi querido Adir:

Ha pasado tiempo, la vida ha querido que nos hayamos alejado, pero no puedo olvidarte. No tenía la seguridad de que abrieses esta carta, de hecho, cuando la eché al buzón, te imaginé rompiéndola nada más leer mi nombre. Si, a pesar después de lo que te hice, te has tomado la molestia de haberla abierto, no tengo palabras para expresar mi gratitud. Cuando te fuiste, hablé con nuestros antiguos compañeros. A algunos les dio igual el que todo hubiese sido culpa mía, pero muchos de ellos pusieron mueca de sorpresa. La verdad, es que me impactó la estupidez y el borreguismo de la gente (sí, esa expresión es tuya), pero lo que más sentí fue el que, durante todo ese tiempo, se hubiesen creído mis palabras.

Tengo muchas cosas por las que disculparme, y, respecto a mis errores, pocos quedan ya por arreglar. No es necesario que me envíes una contestación. Esta carta es sólo para decirte que desmentí los rumores, y que estoy viviendo en otro país. Ojalá hubiese sido Grecia. ¿Cómo pude ser tan estúpida? Entonces era muy joven. Créeme que estos pocos años me han cambiado notablemente.

Desmentí el que hubieses intentado aprovecharte de mí. Rectifiqué el que me hubieses intentado pegar, el que me insultaste, y confesé, también, que en ningún momento has sido un irrespetuoso con las mujeres. Dije cosas buenas de ti. No por sentirme yo mejor, que en parte así ha sido, sino porque no merecías lo que te pasó.

No sé cómo compensarte, y el único modo que he encontrado de pagarte es deshaciendo todo el mal que te hice.

Mezclaba la lujuria con el amor. No pensé en ti. Creí que la única persona que podía proporcionar calor a mi espíritu eras tú, y ni si quiera te pregunté si yo podía darte lo

mismo o era insuficiente. No malinterpretes, no es que quiera dar pena. Simplemente, que cada alma tiene y necesita un calor diferente. Hay calores azules, rojos, verdes. Hay calores poco comunes, y calores de una mezcla peculiar. Tú tienes un color tan extraño como bonito. Tardarás en encontrar tu calor correspondiente.

Pero créeme cuando te digo que la espera merecerá la pena. Te deseo lo mejor, Adir.

Pienso en ti. Desearía habernos conocido de esta forma. Pero, ¿sabes? Creo que si no hubiera sucedido lo que pasó, no habría podido apreciarte tanto, y mirarte ahora de este modo.

Lili.

1940 – 15 de agosto, 02:30h

Esther estaba en la cama de matrimonio tumbada, con un sucio camisón. Apenas tenía fuerzas para moverse. Los labios, secos, estaban cortados. La piel, gris, apenas se encontraba entre sus huesos, pues había tenido una importante pérdida de peso.

-Doctor... ¿Qué es? Dígamelo ya, por favor.-Dijo Adir.

Un doctor y él estaban en el salón. Esther, en el piso de arriba, en su dormitorio.

-Creemos que es cáncer.

Hacía calor, mucho calor. Adir estaba a solas con el médico, su padre estaba trabajando. Desde que su mujer estaba enferma, se pasaba todo el día en una oficina en la que trabajaba desde hacía unos pocos meses, haciendo horas extra. Apenas aparecía por casa, y Adir había tenido que ocuparse de las tareas domésticas.

A Esther le pareció muy mala idea que él dejase las gestiones de su tienda de comestibles, pero un amigo suyo le contrató para su empresa ofreciéndole un buen sueldo, mejor incluso que el que tenía anteriormente en su antiguo trabajo, y él no pudo decir que no.

El caso es que Adir, cuando escuchó esas cuatro palabras, sintió como si en su pecho, algo pesado y frío se rompiera y cayese a sus pies.

Cáncer.

Esa terrible enfermedad que perseguía la carne. Ataba con cadenas la vitalidad de las personas y la oprimía hasta desintegrarla. Convertía las sonrisas en un corte vacío.

Apagaba las ilusiones con las lágrimas ácidas que caían del alma de los infectados, y sus seres queridos.

-Y, dígame, doctor, ¿usted, qué soluc...?

El médico negó con la cabeza.

-Lo siento mucho, joven. Demasiado tarde.

-Pero... Mi madre... Espere, ¿qué insinúa? Doctor Frank. Por favor. Dígame, ¿qué tengo que hacer?

-Debería llamar a su padre y contarle la situación. Esther tiene derecho de disfrutar de su esposo, es el único que falta a su lado. Sé que la familia va a verla, y tú eres quien lleva la casa.

Adir guardó silencio. Este momento se lo esperaba, los días le habían contado, poco a poco, que Esther no tenía mucho tiempo. Sin embargo, algo en su interior le hacía aislarse y no aceptarlo. Todos sus miedos cayeron sobre él y le provocaron pesadillas los días siguientes.

-Madre.-Dijo Adir.

Había cogido una silla. Tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas. Congestionado y sacando fuerzas de donde no las tenía, se empeñó en mostrar una sonrisa a su enferma madre.

-¿Hijo?-Preguntó ella, sin poder abrir los ojos.

-Madre, no hagas esfuerzos.

-¡Mi vida!-Exclamó Esther, con voz ronca.- Sé que lo estás pasando muy mal.-Dijo, con voz lúgubre y un semblante desesperado.

-No hables, Madre.

-Ya te ha dicho el médico lo que tengo, ¿verdad?-Suspiró, apretando ligeramente la mano a Adir. Él se la sostuvo con sus dos manos.

-Madre, hoy no has comido nada.-Dijo, señalando una bandeja que descansaba encima de una mesita.

-Sé que no hay remedio.

-Madre...

-Qué irónico. En esta cama, naciste tú. Una vida surgió en este mismo colchón, y una vida se va.

Adir no pudo contener las lágrimas. Se maldijo a sí mismo por ser tan débil, por no aguantarse, por no poder hacer nada por su madre.

Aquella mujer la había cuidado desde bebé. Él la quería con locura, no podía imaginar cómo serían sus días sin ella. Para Adir, la presencia de Esther era algo que sostenía la torre que era su vida.

Y se iba.

Su padre nunca estaba en casa. Venía sólo unas pocas horas para dormir, y algunas noches ni aparecía. No podían estar en contacto y, cada vez que Adir intentaba hablar con él, terminaban discutiendo. En la mayoría de los casos, Adir daba su brazo a torcer, para que los gritos no bañasen la casa y Esther no tuviera que preocuparse de nada si los oía desde el piso de arriba.

El cáncer se veía venir con mucha rapidez. Cada hora que pasaba en el reloj, a Adir se le encogía el corazón. Horas que pasaban, y sin poder hacer nada.

-No quiero que llores, vida mía.-Susurró Esther, intentando sonreír.

Adir no podía hablar. Se le quebró la voz y lo único que pudo hacer fue aguantar la respiración y mantener la mente en blanco. El dolor le recorría las entrañas casi al instante, y parecía golpear sus venas.

-¿Dónde está tu padre? No me digas que está en la oficina.

-¡No!-Susurró, e involuntariamente tuvo una terminación aguda.

-¿Y dónde...?-Esther se detuvo y tomó aire. Después, siguió:- ¿Dónde está?

-Pues... Madre, no puedo decírtelo. Es una sorpresa. Una pequeña sorpresita, y él me hizo prometer que no dijese nada.

-¿Qué es? Venga, mi vida. Dímelo. Lo único que de verdad me hace ilusión es que él venga a verme, no los regalos.

-Ha ido a encargarse un ramo de flores, y vendrá a traértelo cuando esté listo para ti.

-¡Ah!-Esther suspiró, sonriendo.- Qué romántico... Estos últimos meses apenas le he visto.

-Es que son unos meses muy malos. Hay mucho trabajo, pero no se olvida de ti.

-Se centra en el trabajo para no pensar en la situación que hay en casa. Pero esta situación terminará pronto, cuando yo no esté aquí presente...

-Madre, ¡no hables así!-Adir apretó más aún las manos.

-Los regalos que me trae son preciosos.-Dijo Esther. Levantó ligeramente el brazo y señaló una mesa.

En la mesa había unos pendientes, un pintalabios rojo, dos pinzas para el pelo y una gargantilla muy delicada.

-Sí, Madre.-Dijo Adir, y en sus ojos brilló algo de alegría.

Diez días después, 12:15h

(Cuida de no morir antes de tu muerte)

Adir estaba en su dormitorio, sentado en el escritorio, leyendo un libro. Le pareció interesante lo que se decía en la página 47, y decidió subrayarlo.

Después de la alegría, viene la soledad. Después de la plenitud, viene la soledad. Después del amor, viene la soledad.

De pronto, sin más, le vino a la mente Margott. En su cabeza volvió a aparecer otra frase. Sin pensárselo dos veces, la anotó.

Empiezas con mariposas en el estómago. Terminas con un gran vacío en tu corazón.

Déjalo que duela, pensó Adir. Pronto será un recuerdo más.

Ella le dejó sin dar más explicaciones. Tenían pensado ir a Londres. Ya se habían comprado los billetes. Y, entonces, ella desapareció. Le había surgido un puesto de trabajo en otra ciudad. Pero Adir no supo nada hasta dos semanas después de su ausencia. Un amigo le dijo que no la esperase más, que ella había hecho una nueva vida en Dinamarca.

Margott y Adir no volvieron a verse. Ni si quiera se escribieron.

Mejor solo que mal enamorado.

A día de hoy, sentía deseo de quitarse los zapatos y la tristeza, y regresar a ella.

Pero entonces cayó en la cuenta de que la cobardía y el egoísmo no era lo que él buscaba en una compañera. Y fue cuando se maldijo por ser tan estúpido de haber estado tan dispuesto para ella.

Adir supo entonces que, muchas veces, lo que te hace feliz no es lo correcto.

Escuchó a su madre toser. Rápidamente se levantó de la mesa y buscó la máquina de escribir. Tecleó, en una hoja de papel: *Todo lo que hago, lo hago por ti.*

Esa máquina de escribir era un deseo de Adir. Margott se la compró una fría mañana de diciembre, y decidió sorprenderle dejándola en su escritorio. Adir desde entonces había comenzado a escribir y a convertir los apuntes de historias en los cuadernos de su colegio en verdaderas novelas que siempre guardaba para sí.

Cuando Esther llevaba dos semanas en cama y aún no sabían qué tenía, Adir, para entretenerla, empezó a escribir una novela. Por las noches, se acostaba de madrugada y escribía, y al día siguiente, leía a su madre un capítulo.

Estos últimos días Adir no había podido leer a su madre nada, porque ella se pasaba casi toda la mañana y tarde durmiendo.

Él tenía la esperanza de que esa novela le gustase, le pareciera interesante, pero sobre todo, Adir quería que su madre obtuviese fuerzas de la vitalidad de sus personajes. Era una tontería, pero no sabía qué más hacer.

Adir bajó las escaleras y salió a la calle.

Iba a comprar un bello ramo de flores a su madre.

Todos los regalos que lucían orgullosos en la mesita de al lado de la cama de matrimonio los había comprado Adir, pero él, para no entristecer a su madre, se inventó que era su esposo quien cogía todo eso.

El joven judío no quiso imaginar qué pasaría si Esther se enteraba que su marido apenas aparecía por casa y que ni si quiera preguntaba por ella.

-Serán 54'87 florines, señor.-Dijo la cajera.

-Aquí tiene.

En el mueble reposaba un grandioso ramo, muy vistoso, de flores variadas y muy coloridas. Estaba envuelto en un llamativo papel amarillo, y adornado con un gran lazo rojo.

-Tiene usted una novia muy afortunada.-Dijo la cajera, con una amplia sonrisa.

-Gracias.-Contestó Adir, abriendo la cartera para pagar.-Pero no son para mi novia.

-¡Oh! ¿Esposa, tal vez?

-No.

-¡Vaya! ¡Ni que un chico como usted estuviese soltero!

-Son para mi madre.-Respondió, cogiendo el cambio.

-¿Desea alguna tarjeta?

-Pues... No lo sé. Verá, he escrito esto en un folio-Empezó, sacando la hoja-, y no sé si pegarlo en el papel o...

-A ver... ¡Oh!

La florista abrió mucho los ojos y suspiró, mientras contemplaba las palabras de lejos, entre las manos de aquel joven.

-¡Ahora vuelvo! ¡No se vaya!

Adir conocía a esa mujer. Era la hermana de un amigo suyo. Se llamaba Elisha, y trabajaba allí desde hacía dos años. Muy alegre, un poco cotilla, charlatana y amante de las flores. Le encantaba el mar y el mar...isco.

Tenía una melena rubia y rizada, tez pálida y ojos oscuros. Una pequeña peca decoraba su antebrazo, y sus dientes, blancos y un poco irregulares, parecían tener personalidad.

-¡Mire, señor!-Dijo, al volver.

Elisha traía una cartulina cuadrada, pequeña y perfectamente recortada. Era plateada.

-¿Qué le parece si pegamos esa frase tan bonita aquí? Luego puedo decorar el contorno.

-Es una buena idea.-Sonrió Adir, pensando en la cara que pondría su madre cuando viese ese ramo de flores.

-¡Perfecto! ¡Démela!

Elisha le quitó de la mano el trozo de papel y lo incluyó en esa cartulina. Se veía que la joven disfrutaba escribiendo detalles y repartiendo ilusiones. Era eficiente, rápida y le ponía empeño.

-¿Qué le parece?-Cuestionó, cuando el trabajo quedó terminado.

-¡Vaya!-Adir estaba sorprendido.- Ha quedado bastante bien. Muchas gracias, señorita. Le agradezco la molestia.

-¡No es molestia!

-¿Cuánto le debo por la tarjeta?

-Oh, pues... Verá, voy a hacer una excepción con usted. Voy a darle a elegir. Puede no darme nada y marcharse con una sonrisa... O puede quedar conmigo a tomar un café este sábado.

Esa respuesta pilló por sorpresa a Adir, quien no pudo apartar la vista de sus ojos oscuros.

-¿Quiere tomar un café el sábado, señorita?-Repitió él, incrédulo.

-Sólo si es con usted.

-¿Y a qué hora sería?

-A las cinco y media viene mi hermano a sustituirme. ¿Qué le parece a las seis en la plaza?

-Perfecto.-Afirmó él, separándose de ella con el ramo entre las manos.

-¡Espere!-Gritó Elisha, con las dos manos apoyadas en una mesa y dando un pequeño saltito.

-¿Sí?

-¡Debería usted pagarme así más a menudo!

22:49h

Las estrellas brillaban. Adir había estado toda la tarde en la biblioteca. Esa noche podía permitirse el lujo de no volver a casa directamente del trabajo, porque un rabino había ido a visitar a Esther; ella no estaría sola.

Había escondido el ramo en el armario de su habitación, dentro de un jarrón, y ahora, Adir estaba sentado en una cafetería, pensando en la novela para su madre. Ya sólo quedaban unas pocas hojas para su final. Pero no sabía cómo continuar el desenlace.

Pagó el café y abandonó el solar. Miró su reloj y pensó en su padre. Si estaba en el trabajo, ya era hora de que volviese a casa. Quería hablar con él y repasarle la cartilla; no cuidaba de su esposa. Si él estaba en la oficina, no iba a gritar en su despacho, y menos a estas horas de la noche.

Las oficinas estaban un poco lejos, pero no le importó. Prefirió dar un paseo. Además, así podía pensar mejor qué le iba a decir a su padre y en qué tono.

En el fondo, entendía la actitud de su padre. Su esposa, su amada, su amiga, su compañera, su mitad. Se iba.

Adir pensó en Lili y en Margott. Ambas se fueron, ambas le dañaron profundamente.

Pero lo miró por el lado bueno y se dio cuenta de que estaba libre. Una relación había acabado porque uno de los dos así lo había querido.

Pero ¿qué sucede cuando tu media naranja es obligada a dejarte?

¿Y si tu media naranja está podrida?

Ese tipo de preguntas estancaban a Adir.

Las oficinas tenían un aspecto dormido. Una puerta estaba abierta, pero, cuando Adir entró, le dieron ganas de marcharse rápidamente. El ambiente mostraba que iba a estar cerrado para el personal y visitantes.

-¡Hola!-Dijo una mujer que estaba sentada en una mesa de madera.

-Buenas noches.

-¿Puedo ayudarle en algo?

-Soy el hijo del señor Gies.

-¡Ah, de Cornelio Gies!

-Así es. ¿Dónde está? Necesito hablar con él.

-Pues lo siento muchísimo, caballero, pero se ha ido hace media hora.

-¿Qué? ¿A dónde?

-No lo sé.

-Necesito encontrarle. Es extremadamente importante, tengo que tratar un asunto grave.

-¡Cielos!

-Necesito saber dónde está.

-No sé cómo ayudarle, señor. Lo siento de veras.

Adir resopló.

-Me dijo que estaría haciendo horas extra hasta las tres de la mañana.

-Pues eso es falso, señor. Oiga, ¿qué le parece si habla con su secretaria?-Preguntó, y antes de poder recibir respuesta alguna, actuó.

La recepcionista, que saboreaba un caramelo de menta, se levantó de la silla. Sus tacones rojos, a juego con ese vestido tan ajustado, resonaban por el recibidor.

-Aquí tiene, su número de teléfono.-Dijo ella. Sus labios, muy pintados y muy brillantes captaron la atención de Adir. Llevaba el pelo recogido en un moño.

-No sabe cuánto se lo agradezco, señorita.

-No hay de qué.-Sonrió la mujer, y volvió a su puesto de trabajo.

Adir comenzó a preocuparse. ¿Dónde estaba su padre?

En unos minutos iba a salir de dudas, porque estaba marcando en un teléfono público el número de la secretaria de su padre. No contestaron a la primera llamada, ni a la segunda. A la tercera, Adir ya estaba perdiendo las esperanzas y quería colgar cuando oyó una voz femenina, ronca, al otro lado del aparato.

-¿Sí? ¿Quién es a estas horas?

-¡Buenas noches!-Exclamó Adir, rápidamente, emocionado y sin vocalizar muy bien.- Lamento molestarla pero busco a Samantha, la secretaria de...

-¿A mi hermana? ¿Llaman del hotel *Fuentes de oro*? ¿Qué le pasa?-Gritó esa mujer. En su voz se denotaba preocupación.

-Necesito hablar con ella sobre un hombre.

-Oye, ¿quién eres?

-Me gustaría preguntarle a Samantha si sabe algo del señor Gies.

Se hizo un silencio y aquella mujer, dijo, dubitativa:

-¿Cornelio?

-¡Sí!

-Pero ¿quién eres?

-Soy su hijo, Adir.

Nuevamente se hizo un cortante silencio. Pero era un silencio diferente. Adir podía sentir su corazón latiendo, rápido.

-¿Hola?-Preguntó.

Le habían colgado. Adir dejó con furia el teléfono en su sitio y salió de la cabina dando un portazo. Conocía ese hotel, sólo de vista, pero sabía situarlo en las calles. No estaba demasiado lejos.

Se temía lo peor.

23:15h

Adir se detuvo frente a la puerta de la habitación 002.

Según le habían dicho en recepción, ahí estaban su padre y Samantha.

Agudizó el oído. Se escuchaba a una pareja hablando muy tenuemente, pero no podía distinguir exactamente qué decían.

El joven apretó sus puños. Su corazón bombeaba sangre muy fuerte, le daba la impresión de que en todo el hotel sólo se escuchaban sus latidos. Quizá, los que estaban

tras esa puerta hablaban tan bajito porque sabían que alguien, con latidos muy fuertes, estaba al lado de esa entrada.

Qué tontería más grande.

Adir aguantó la respiración. Le daban ganas de patear la puerta y chillar como un endemoniado, agarrar del pelo a esa tal Samantha y patear el trasero de su propio padre.

¿A qué estaba esperando?

No podía precipitarse. Claro que, por otro lado, ¿qué hacía su padre en un hotel con su secretaria?

Entonces Adir se sintió solo. Se sintió huérfano. Su madre, enferma de cáncer mientras su padre hacía vida con otras mujeres.

Contempló con furia la puerta de madera. Estaba gastada, sucia y salían algunas astillas. El picaporte, redondo, estaba deformado de tanto uso. Parecía resistente. ¿Cuántas presencias habrán empujado esa entrada?

Se oyeron golpes, susurros y algunas risas.

Conocía esa risa. Era la de su padre, cuando se reía de algo gracioso salido de los labios de una mujer. Una risa de coqueteo.

Por la cabeza de Adir empezaron a pasar muchas cosas. Podría armar un buen escándalo en medio del hotel, podía sacar a su padre agarrado de la oreja, podía echarle una buena charla... Podría hacer las mil y una.

Sin embargo, Adir hizo de su rabia e impotencia una bola y, con mucho esfuerzo, se la tragó.

Pensó en su madre.

¿Cuánto tiempo le quedaría? ¿Merecería la pena hacer que sus últimos días fuesen un triste recuerdo de una estúpida infidelidad?

Adir se alejó del hotel con lágrimas, y fue a su casa.

1940 – 30 de noviembre, 16:30

Cornelio se miró al espejo. Estaba mayor, tenía entradas, barba, canas y un ligero olor corporal. Se puso las gafas y bajó al comedor.

-Adir, hay platos sucios en el fregadero.

-Los limpiaré luego.

-Tu madre, cuando terminábamos de comer y me servía el café, rápidamente limpiaba los platos.

-Pues límpialos tú.

-¿Dónde están mis pantalones?

-En la cesta del comedor.

-Eso ya lo sé, ¿por qué te crees que he bajado al comedor?

-¿Para doblar esas mantas?-Ironizó el joven, señalando unas mantas arrugadas encima de un sofá.

-Niño, ¡no sé qué es lo que te has creído! ¡Eres un niño insolente y estúpido que no hace nada bien!

...

Adir estaba sentado al lado de una lápida.

Era la tumba de su madre. Hacía dos semanas que la habían enterrado.

El joven tenía lágrimas en los ojos, Su rostro, muy rojo y algo hinchado, delataba una fuerte cólera liberada. Ni si quiera podía hablarle a la lápida de su madre, no le salían las palabras.

Había sido muy duro verla tumbada en una caja, descendiendo hasta la tierra.

Adir acababa de tener una discusión muy fuerte con su padre. Gritos, golpes, recriminaciones, sarcasmos.

Recordó cuando, en el funeral, él colocó en el féretro las hojas de la novela que no habían podido terminar de leer juntos. Parecía dormida, descansando en paz. No más dolor, no más enfermedad, no más aguantar tumbada en un viejo colchón, viendo la vida pasar. Ahora ella pasaba con la vida, caminaba con sus delicados pies, ahora ella hacía un viaje.

-Eh, vida mía.

Era la voz de Elisha quien había dicho eso.

Esa mujer no se había separado en ningún momento de Adir. Era el ángel entre la oscuridad que rasgaba su vida. Desde que habían empezado a salir cuando él entró en la floristería, unos sentimientos muy especiales habían surgido entre ellos.

-¿Estás hablando con Esther?-Susurró, suavemente, y le limpió la nariz con un pañuelo de tela.

-Nunca le diré que Padre la engañó.

Por eso habían discutido Adir y él esa vez. Adir había comenzado a recriminarle muchas cosas. Le contó la sonrisa que habitaba en el rostro de Esther cuando le traía joyas o flores en su nombre. Le dijo la pequeña tristeza que ella sentía de no haberle visto antes de morir. Ella murió con esa espinita clavada, ese detalle de no haber podido ofrecer un último beso a su amado.

-¿Cómo pudo hacerle eso?-Sollozó, abrazado a Elisha.

Ella, de rodillas, acariciándole el cabello, se detuvo un instante antes de responder:

-Quizá por miedo.

-Yo jamás podría abandonarte si estás ahí.

-Cada uno es diferente.-Sonrió ella.

El aire movía las hojas de los árboles y algunos papeles del suelo. Hacía mucho frío, El cementerio estaba desierto.

-Toma. Pónsela.-Sugirió Elisha, ofreciéndole una flor.

-En un par de días volveré a cambiarle todas las flores, la colocaré entonces.

-No, tonto. Esta flor tienes que ponérsela ahora.

-¿Por qué?

-Es especial.

-¿Sí?

-Sí. Mira. Cuando el último pétalo de esta flor caiga, entonces tu madre quedará sumida en el olvido.

Adir cogió aquella rosa blanca y la posó en la tumba de Esther.

La flor era de plástico. Y una flor de plástico jamás muere.

Elisa abrazó con más fuerza al joven y le dio un dulce beso en la nariz.

-¿Sabes? Me sentaría a llorar, llorar y llorar. Pero no tengo tiempo.-Confesó Adir, con lágrimas en los ojos.- No sé por qué ese traidor cobarde me ha hecho tanto daño. No se merece que esté así por él.

-El corazón no piensa, por lo que no puedes elegir lo que sientes.

El joven tenía un semblante sombrío. Había perdido casi diez kilos y las ojeras remarcaban la tristeza de sus irritados ojos.

-No quiero volver a casa. Está él.

-Ven a la mía.-Susurró.- Tengo bollos.-Rió, para amenizar la situación.- Te doy los que quieras.

Elisha le cogió de la mano y ambos fueron a casa de la chica.

Cuando Elisha y Adir terminaron de comer, se sentaron en el sofá. Sus padres vinieron pasada media hora.

Elisha vivía con sus padres. Su hermano mayor estaba en Londres. El padre de Elisha era un periodista muy respetado, amante de los países extranjeros. Hablaba el inglés perfectamente. Disfrutaba del té, y lucía con orgullo un espeso bigote. Sus gafas, de pasta gruesa, estaban viejas, y tenían los cristales ligeramente rayados.

Recibían a Adir con los brazos abiertos, y la madre de Elisha le trataba con sumo cariño.

-¿Qué tal, joven?-Dijo el padre.

-Bien, señor Holz.

-No seas tan reservado, muchacho.

El padre de Elisha había sido muy considerado con Adir en los malos y buenos momentos, tanto económica como moralmente.

-¿Qué, para cuándo la boda?-Bromeó el periodista, dándole unas fuertes palmadas en la espalda a Adir y riéndose escandalosamente.

22:30h

Cornelio había llamado varias veces a casa de los padres de Elisha. Había estado toda la tarde sin recibir noticias de su hijo, y, para saciar su aburrimiento no se le ocurrió otra cosa más que beber vino.

Había descorchado una botella alta y delgada, de vino tinto. La pegatina había sido arrancada del vidrio.

Él solo se había bebido casi toda la botella. En el pasado juró, junto a su esposa, empezarla con ella cuando llevasen treinta años de matrimonio juntos. Pero ese día nunca llegaría, porque su esposa ahora dormía bajo tierra, y no en su misma cama.

Cornelio estrujó la pegatina arrancada de la botella contra la palma de su mano, y encendió un cigarrillo.

Tenía una gran mancha en la conciencia, y esa mancha se llamaba Samantha.

Ella decidió cortar con él toda relación cuando Cornelio le proporcionó dos ascensos y paga extra. Él podría haberlo despedido sin problemas y haber continuado con su trabajo, pero prefirió buscarse otro empleo.

Aquel hombre sentía un profundo vacío en su corazón. Lamentaba con todas sus fuerzas el haber ignorado a su esposa en el momento más difícil. De haber hecho tanto daño a su hijo.

No soportaba mirarse al espejo.

A veces no hablaba durante horas. Guardaba minutos y minutos de silencio por todas esas promesas que hizo a Esther y que jamás cumplió.

Esas ganas de cerrar los ojos y que todo volviese a ser como antes.

Sentirla tarareando por la casa mientras guarda la ropa, escuchar su risa mientras hablaba con Adir, su voz alegre. Su voz, su olor, el brillo de sus ojos.

Y él la había ignorado durante su enfermedad. Ni si quiera tuvo fuerzas de verla metida en un féretro el día del funeral. Asistió a él, pero no se acercó a su amada.

Cuando una persona muere y no hay nadie a su lado, esa persona no muere sola. Muere con sus recuerdos. Los recuerdos es lo que estará ligado al alma. Y los últimos recuerdos estaban teñidos de algo indiferente.

Sólo quiero estar bien

Cornelio no tenía frío, ni calor. No le apetecía llorar, pero tampoco reír.

Simplemente, estaba vacío. Se sentía vacío.

Ella no necesitaba palabras bonitas. Necesitaba palabras sinceras. Esas palabras sinceras que se le atragantaron a él en la garganta.

¿O en el corazón? ¿O no las tenía?

¿Su corazón no tenía nada que sentir?

Decían que no se podía huir de los problemas o de la realidad. Pero aún así, él lo intentó.

Elisha estaba tumbada en el sofá abrazando a Adir. La madre de la joven se encontraba escuchando la radio y, el padre, tomaba té.

-Adir.-Empezó el padre.- Tengo noticias muy importantes que decirte.

-Sí, señor, soy todo oídos.

-La situación que asola el país es grave. Y van a pasar cosas muy complejas, querido.

Información de primera mano.

Ese periodista, brillante, conseguía importantes noticias que no dudaba en mostrar al público. Siempre perfectamente contrastadas y tejidas con verdades, el señor Holz conseguía hacer callar a todos los reporteros comprados y regalaba artículos de especial calidad.

También había escrito unos libros sobre política y otro sobre su forma de pensar.

Periodismo alternativo, sucesos que ocultan los medios.

La información es poder, y deja de ser poder cuando se transforma en conocimiento.

Así es, el señor Holz era un periodista con todas las de la ley.

Por eso fue el primero al que los nazis asesinaron al ver que no podían ni chantajearle ni sobornarle.

CUENTA ATRÁS

2 de diciembre de 1941 – 08:00h

La vida, cuanto más vacía, más pesa.

Adir contemplaba a su bella esposa. Qué delicada parecía, con esa melena rubia rizada, esa piel blanca, llena de los besos furtivos que le brindaba en secreto. Esos ojos oscuros, profundos. Elisha iba siempre impecable. Ella había dado a luz a dos gemelos que contaban con dos meses de edad.

Sin embargo, en esa habitación reinaba un ambiente tenso. Un silencio espeso y oscuro. Adir no quería dejar la mente en blanco, pero, sin quererlo, lo hizo. Tenía la mirada fija en el delgado anillo que adornaba el fino dedo anular de su esposa.

Sin embargo, por la cabeza de Elisha pasaban miles y miles de situaciones, soluciones y problemas.

En sus manos sostenía una carta. Era un llamamiento exclusivo para judíos, para ir a trabajar a los campos de concentración. Si Adir no acudía rápido, irían a buscarle, a él, a su amada esposa y a sus hijos.

-No quiero ponerlos en peligro.-Dijo él.- Es lo único que...

-¡No, Adir! ¡No vas a ir! ¡No tienes por qué ir!

Cuando Adir nació, creció en un ambiente tranquilo y cotidiano. Era un chico más, con sus típicos problemas, unos más graves y dolorosos que otros, pero al menos nunca había visto dañada su libertad. Podía permitirse el lujo de ir al cine, de comer dulces, de pasear, montar en bicicleta, en coche, de comprar... Incluso tenía derecho a sentarse en un banco.

En estos últimos años, como judío que era, y dada las fechas que eran, tenía prohibido realizar todas esas cosas.

Sin embargo, no estamos aquí para hablar del Holocausto Nazi, ni de todas esas mentiras que reinan alrededor de él en la Historia, sino de lo que le pasó a Adir y a Elisha.

La muchacha dejó la nota encima de una cuidada mesa y abrazó a Adir.

El cartero había dejado esa carta en el buzón. Ni si quiera la había abierto. Con sólo ver los símbolos que portaban ya se sabía para qué era. Elisha las había visto mil veces, con sus amigas, amigos, incluso con su familia.

Su padre...

-A lo mejor es para mí.-Sugirió ella, refiriéndose a la carta.

-Has dado a luz hace dos meses.-Susurró Adir.-Es imposible. Además, pone mi apellido.

-Yo tengo tu mismo apellido, cielo, desde que nos casam...

-No eres tú.

Adir se levantó del sofá y agarró la carta. Sin respirar, expectante, la abrió. No podía pensar en nada, ni imaginar.

Una especie de golpe emocional enfrió su angustia y le hizo soltar una palabrota de sorpresa. No era ni para él ni para su esposa.

Era para su padre. Para Cornelio.

El cartero se había equivocado de dirección. En vez de ir a la casa de Cornelio, había ido a su casa.

La mujer se llevó una mano a la boca y jadeó, sorprendida. Sonrió, pero fue una sonrisa fugaz. Tragó saliva y agarró a su esposo de las mejillas.

-¿Crees que mi padre lo sabe?-Gimió Adir, sin fuerzas.

-No. Llamémosle, rápido.

Adir cogió el teléfono. Se acercó a él rápidamente. Apenas podía acertar a elegir los números correspondientes, estaba temblando. Era como si todas sus ansiedades hubiesen sido paralizadas en el momento que él estaba abriendo la carta, y ahora, que ya había pasado todo, su cuerpo reaccionaba.

Elisha, por su parte, le arrebató suavemente el teléfono y marcó. Cogió la carta, se aclaró la garganta y habló con Cornelio.

Adir la contempló.

Qué bella estaba. Ella siempre mantenía la calma, no era tan nerviosa como él. ¿Por qué eres así? Pensó, con admiración.

Su enlace con ella había sido perfecto.

Ya nadie se promete más allá del tiempo, nadie cree en lo eterno.

Excepto ella. Ella sí creía en lo eterno. Por fin Adir había encontrado a alguien en quien confiar.

Antes de conocerla, había días que Adir no vivía. Él se limitaba a existir lo suficiente como para intentarlo de nuevo al día siguiente. Pero desde que su tiempo era suyo también, había empezado a vivir.

Pelea todo el camino, le dijo Esther en una ocasión, sé fiel a ti mismo y, un día, quizá dentro de unos años, entenderás que la felicidad no es lo que has conseguido, sino el orgullo de recordar que nunca te has rendido.

El señor Holz, antes de su llamamiento, había puesto al día a Adir. Le había explicado detalladamente el futuro que tenían los judíos, con fechas exactas. Sabía de antemano que lo que vivían apenas era el principio de una guerra. Les aconsejó buscar un buen escondite y gente de confianza, o si no, las consecuencias serían terribles para él y su familia.

Tu historia aún no ha terminado, pequeña. Pensó Adir, mirando a su esposa. Ella estaba de espaldas, hablando por teléfono con Cornelio.

Adir temblaba. Temblaba pensando en todas las noticias que le había confiado Cornelio. Él sabía perfectamente lo que le deparaba el futuro, pero se prometió no decirle nada a su esposa Elisha. Al menos, no de momento. Y no todo.

Y él no quería que la vida de Elisha pareciese un yunque.

Adir había encontrado un escondite perfecto para ella y los niños. El viejo despacho del difunto Holz.

Ahora, el edificio, que contaba con varias plantas, estaba cerrado y abandonado. Pero una amistad del periodista había aclimatado en secreto una planta entera para que la familia pudiese seguir viviendo. El despacho de Holz estaba destinado a ser el salón-dormitorio.

Adir rió en su interior con esa comparación. ¿Podía un despacho ser un salón-dormitorio?

Tenía que ir poco a poco contando esas cosas a su esposa. Miró su anillo de bodas.

Qué lindo era.

Abrazó con fuerza a su mujer cuando ella colgó el teléfono.

La besó.

Elisha posó sus manos en los hombros de Adir.

-Ayúdame a hacer el desayuno. Comeré algo antes de que nuestros nenes se despierten.

-Espera.-Dijo Adir. La abrazó. La abrazó de nuevo, y otra vez con fuerza.

Podía sentir su respiración, su carne, sus curvas, su perfume, su cabello largo y rizado, rubio. Él estaba asustado. No quería perderla. Le aterrorizaba perder a ese ángel. Y a sus hijos. Cada minuto que pasaba se sentía más solo. Elisha no iba a ser recluida por los nazis. Él la defendería hasta la muerte, hasta el final. Mejor dicho, Adir no moriría ni

descansaría en paz hasta que su esposa y sus hijos estuviesen alejados de cualquier peligro. Él no pudo hacer nada por su madre, pero sí por Elisha.

Esther... Adir pensaba en sí mismo, y la pregunta que le acosaba la mente era la de

¿Y si hubiera luchado más?

¿Por qué estaba tan asustado? ¿Por qué tenía tantísimo miedo? ¿Por qué cuando veía a Elisha y a sus pequeños, Adir sentía ganas de llorar, de llevárselos hasta el subsuelo y no soltarlos jamás?

-Quiero pervertir tus pecados.-Añadió el joven, sonriendo, con los ojos brillantes.

-¿Qué?-Elisha soltó una pequeña carcajada y desvió la mirada, sonrojada. Después, le concedió otro beso.

-Me llenas de sombras, de noches, de deseos... Y de una maldición.

-¿Qué maldición?

-La tuya, pequeña hechicera. Me tienes loco por ti.

Adir se agachó y agarró a su esposa por las caderas, colocándosela encima del hombro y provocándola una risa escandalosa y nerviosa. Pasó por el pasillo y, gracias a un espejo, pudo ver el rostro iluminado de su esposa, que estaba inundado por una fuerte sonrisa. Esa sonrisa brillaba, destacaba. Y su risa llamaba la atención de cualquiera.

Elisha seguía riéndose conforme Adir caminaba y le llevaba por toda la casa. No podía evitarlo, él también rió.

La cama del dormitorio del matrimonio estaba desecha. Hacía media hora que se habían levantado. Estaban despeinados y hambrientos. Estaban felices.

Eran felices.

Ambos compartían, en su interior, un sentimiento. Un sentimiento que había surgido a los pocos segundos de darse cuenta del error del cartero al enviar esa carta.

Eran una familia fuerte. Y se tenían al uno al otro, y podrían hacer cualquier cosa contra el mundo. Él y su ángel. Ella y su ángel. Ellos y sus querubines, ellos iban a proteger a sus hijos.

Ese matrimonio conocía muchas de las alegrías, de los sufrimientos, de los secretos y de las maravillas de la vida, y seguían ahí, juntos.

-Deberíamos ir a ver a tu padre, dice que quiere hablar contigo.-Dijo Elisha.

-Luego.-Susurró Adir, desabrochando la camiseta del pijama de su esposa.

-El otro día una vecina comenzó a insultarme porque no había recogido el correo a tiempo y en mi buzón se veían las cartas amontonadas y muy desordenadas.

-¿Y le dijiste algo?

-No...

-Bien hecho.-Dijo él, bajándole los pantalones.- ¿Y sabes por qué está bien hecho?

-No, ¿por qué?

-Porque una leona no se gira cuando una perra ladra.-Zanjó él, y le mordió en el cuello.-
Y ahora cállate. Eres mi sabor favorito.

14:30h

Pollo. Había pollo para comer.

Cornelio comía con ganas el plato que había preparado Elisha en la cocina de esa casa tan vieja.

-Está delicioso, niña.-Dijo él, con la boca llena, y llevándose otra cucharada a la boca.

-Coma usted cuando quiera, ha sobrado aún.-Sugirió ella, que estaba sentada en una silla y tenía en brazos a uno de los gemelos.

-Siempre los confundo. ¿Quién es quién? Son tan pequeños... Pero muy guapos.

-Éste es Abraham.-Dijo Elisha, posando suavemente su mano abierta en la cabeza del bebé que descansaba en sus rodillas.-Y ése de ahí-anunció, señalando el que se encontraba jugando con Adir.- es David.

-Son unos nombres ideales.

-Están en honor a mi abuelo, y el de David es por mi hermano, Cornelio.

-Oh... Qué maravilla. Eh, ¿no comes, querida? Estás muy delgada.

-Ya, ya voy.

Los platos de esos tres adultos humeaban. Sin embargo, a Cornelio no le importaba dañarse la lengua. Comía con ansia los trozos de pollo asado, y las patatas. Cucharada a cucharada el plato se iba vaciando.

-Y la salsa... ¡Está delicada!

-¡Ya vale!-Gritó Adir, dando un golpe en la mesa con el puño cerrado. Elisha giró tan rápido su cuello que creyó que se le había partido. Los bebés, que estaban medio dormidos, abrieron mucho los ojos y chuparon con ansia sus chupetes.

Se hizo un silencio.

-Jamás has podido aceptar a mi esposa y a mis hijos. Jamás has consentido que ella pusiera un pie en esta casa de los horrores. ¿Qué ha cambiado? ¿Que de un día para otro los nazis pueden fusilarte?

Cornelio tragó y dejó la cuchara en el plato. Miró a Elisha y luego a sus nietos. Recordaba cada grito, cada muestra de desprecio que había dedicado a la familia de Adir. Cada orden, cada mala contestación. Cada mueca. Cada patada a la mesa como protesta por la presencia de la joven.

Desvió la mirada y alargó la mano, encontrándose con Elisha.

-Querida.-Empezó, buscando sus ojos y apretando la mano de la joven.- Soy un pobre viudo que se ha quedado solo. Necesito perdón ahora que he de marcharme de aquí para morir. Porque voy a morir, querida. Nadie vuelve. Nunca.

-Si usted está solo, querido, será porque se lo ha buscado.-Apuñaló Elisha, apartando su mano y acariciando las mejillas de Abraham.

-Por favor. Adir. Os pido perdón. Os dejo mi casa para cuando ya no esté aquí. Os lo dejo todo.

-Una lágrima vale más que el mayor de los imperios.-Zanjó Adir, recordando la tristeza de su esposa al no sentirse aceptada cuando ambos se presentaron.

-Os pido... Humildemente perdón.

-Esperas hasta estar en el final del camino para poder arrepentirte, ¿verdad?

Cornelio guardó silencio y sostuvo la mirada a Elisha. Ella mantenía un porte firme. Su cuello, delgado, parecía dibujar cables en su interior. Era como si tuviese la piel pegada a los huesos. Adir siempre intentaba hacerla comer más, pero ella no subía de peso, pues su constitución era así, y el metabolismo, rápido.

Abraham se dio la vuelta y pegó su cabeza en el pecho de su madre.

Cornelio seguía mirando a los ojos oscuros de Elisha.

-Cornelio, le diría tantas cosas que, por respeto a mi esposo, cierro mi boca. Según mi educación, una dama no ha de pronunciar ciertas palabras.

-Eso no son más que estúpidos estereotipos del sistema que nos envuelve.-Se adelantó Adir.- Las mujeres son personas, como los hombres. No te cortes, Elisha. Él no se cortó.

-No pienso ponerme a su altura.

-Querida...-Intentó de nuevo el anciano.- Te tomas la molestia de venir a mi casa. Me haces la comida. Me escuchas. Créeme que, en el fondo de todo mi corazón, agradezco el detalle. Me he portado muy, muy mal contigo.

-Si hemos venido ha sido porque usted dijo que tenía que hablar con Adir. Vengo por mi esposo, no por verle la cara.

Cornelio calló. Se llevó otra cucharada a la boca y sonrió a David, que estaba acurrucado en el regazo de su padre. Era tan tierno verle así, tan tranquilo, callado, disfrutando de los latidos de Adir...

Adir, por su parte, apretaba ligeramente los huesos de la parte superior de sus manos, sintiéndolos.

-No quiero que usted mire a mis hijos. De no ser porque ellos precisan de nuestros cuidados, no estarían aquí con nosotros.

-Así es, Cornelio.-Dijo Adir, con rabia en su mirada.- No quiero que mis hijos vean el verdadero rostro de la cobardía y la traición. ¿Sabes qué es lo mejor cuando yo miro a mis hijos? Que sé que ellos nunca verán a su padre dejar tirada a su esposa en los peores momentos.

Ni si quiera le trataba de usted, como le exigían en su infancia. Su madre le permitía tutearle dado a que quería un trato muy cercano a su hijo.

Adir ni le llamaba Padre a Cornelio, como antes. No. Adir creía que su padre era de otro país, que estaba en otra familia, que incluso era de otro mundo.

Elisha abrazó a Abraham con instinto de protección. Su familia no iba a ser tan vacía como la de resto de matrimonios. No.

Elisha se había casado con un hombre que la idolatraba. Adir se había casado con una mujer que amaba todos y cada uno de sus defectos. Y los hijos que ambos habían tenido, Abraham y David, eran la representación física de su deseo mutuo.

-Has hecho llorar a tu pobre Padre.-Sonrió Cornelio, mirando débilmente a Adir, sintiendo dos gruesas lágrimas que corrían por sus mejillas. El contorno del ojo estaba

muy húmedo, las pestañas negras y separadas a causa de ese silencioso llanto, y la nariz no dejaba de aspirar.

-Como usted ve, Cornelio, eso nos da igual.-Contestó Elisha, fríamente.

El anciano judío agachó la cabeza y siguió comiendo.

Adir no podía llevarse ni una cucharada a la boca, y eso que la comida, preparada por su esposa, estaba deliciosa. El chico no podía comprender cómo su mujer podía tener ánimos para terminar con su plato tan tranquila, como si no pasara nada.

-Adir, mi vida, ¿no comes nada?-Preguntó ella, moviendo un poco la cabeza porque Abraham la había cogido un mechón del pelo.

-No sé cómo puedes comer, eso es todo.-Rió, dedicándole una sonrisa.

-Lo que no entiendo es por qué no comes tú, cariño. Tú y yo tenemos la conciencia limpia, no como otros.

Cornelio soltó un gemido de dolor y tapó su rostro con las manos. Estaba llorando.

-Lo que n-no enti-ti-ti-tiendo es p-por qué... Por qué m-me-me hacéis esto...

-¿Hacerle el qué, Cornelio?-Inquirió la rubia, cruzando las piernas y colocando a su pilluelo en una postura más cómoda en el regazo.

-S-s-sólo pi-pi-pido perdón y...-Cornelio se detuvo y sollozó ruidosamente- A-a-ayuda... Holz os dio información, os dio una solución para huir de aquí... Yo necesito ayuda... ¡No tenéis corazón! ¡No! ¡No sois buenas personas!-Chilló, firmemente, cubriéndose con las manos.- Necesito que me llevéis con vosotros allá donde vayáis,

¡que me escondáis! ¡Sé que guardas información de Holz, Adir!-Repitió, completamente enrabiado- ¡Eres un mal hijo, tú y tu guarra rubia!

Adir se levantó de la silla rudamente y cogió a Elisha de la mano. Él estaba pálido, con la mirada fija a la nada. Ni si quiera se dio cuenta de que hizo un poco de daño a su esposa en la muñeca por su brusquedad.

-¡Nooooo!-Gritó Cornelio con todas sus fuerzas. Empujó con su cadera la mesa hacia delante y algo de salsa del pollo cayó al mantel.

El anciano se tiró sobre Elisha. Le agarró de la tela de su vestido, a la altura de su cintura, sin darse cuenta de lo pegajosas que tenía las palmas de las manos a causa de los gargajos, y sin importarle mostrar su rostro lleno de lágrimas y mucosidades.

-¡Suélteme, viejo!-Chilló con voz aguda Elisha, sosteniendo a su bebé hacia arriba, impidiéndole contacto con su abuelo.

-¡Deja a mi esposa, cerdo!

Adir propinó una fuerte patada al rostro de su padre, haciendo que cayese hacia atrás y que su nariz sangrase abundantemente. Cornelio ni se inmutó, se quedó sentado en el suelo, mirando a la nada, sintiendo el caliente camino de sangre que dejaba una señal desde su nariz hasta su gruesa barriga.

Su camiseta no tardó en llenarse de su propio flujo escarlata.

Sólo cuando oyó el seco y sonoro portazo que su hijo dio, comprendió que tenía lo que se merecía, y que era imposible conseguir una nueva oportunidad.

Ya era tarde.

Había hecho tanto daño con su egoísmo, que ya era tarde.

13 de marzo de 1942 – 19:22h

Ámsterdam estaba destrozado. Caían bombas. Los gritos y los disparos eran el único sonido que emitía ese lugar en esos momentos. Apenas había gente por las calles.

La guerra.

Adir estaba sentado en la alfombra, jugando con Abraham y David. Los dos habían crecido bastante durante esos últimos meses. David, el pequeño, sostenía una pelotita roja entre sus dedos, y Abraham sonreía.

Elisha descansaba acurrucada en una silla negra, grande y ancha. Cosía unas cortinas nuevas para tapar una de las ventanas del despacho de su padre.

-Odio estar aquí.-Susurró, mirando la tela amarilla de esas gastadas cortinas improvisadas, que no eran más que unas sábanas unidas entre sí.

-¿Por qué?-Cuestionó Adir, sin mirarla, centrado en David.

-Todo me recuerda a él... A mi padre.

-Hay que pensarlo con filosofía.

-Tsé. Filosofía.-Repitió Elisha, con desprecio. Escupió todas y cada una de las sílabas y soltó una pequeña carcajada sarcástica.

-Sí, vida mía.-Suavizó Adir.- Su recuerdo es lo que te hace vivir. Y tú le haces vivir a él permaneciendo viva, al recordarle. Es un *quid pro quo* en toda regla. Yo te doy, tú me das.

-Sé lo que es un *quid pro quo*...

Adir se levantó y dio un beso a su mujer.

Pero era un beso cómplice, un beso que transmitía fuerzas. Un beso que le recordaba que debían seguir luchando.

Elisha siguió cosiendo, pero en su cara se dibujó una sonrisa que tardó varios minutos en desvanecerse.

-Lamento tanto que Abraham y David tengan esto como primer recuerdo...-Suspiró, moviendo la cortina de su regazo y comenzando a coser desde otro lado. La tela era áspera, y olía a jabón.

-Ellos son dos luchadores. Están luchando por vivir. Y nosotros no podemos dejarles tirados.

Abraham había cogido un peluche y estaba mordiéndole la oreja. David seguía jugando con la pelotita roja.

-Anoche pensé en... En Cornelio.-Dijo Elisha, mirando a su esposo algo nerviosa.

-¿Y qué pensaste?

-¿Qué habrá sido de él?

-Echo de menos a mi *Ágata*.

-¿Quién es ella?

Adir se enfurecía mucho cuando Elisha sacaba el tema de su padre. Ella no solía alterarse rápidamente. Mantenía la calma, pensaba fríamente. Sacaba el prepotente orgullo necesario para sobrevivir ante los ataques de la gente. Sin embargo, en el fondo, solía darle muchas vueltas a las cosas, daba muchos giros a sus recuerdos y no podía evitar pensar en las consecuencias de sus actos a largo plazo.

Adir era predecible en ese sentido. Él siempre le guardaría rencor a su padre por tres sencillas razones: abandonar a Esther, abandonarle a él y repudiar a Elisha y a sus pequeños.

En esos momentos, Adir no quería enfurecerse. Cambió de tema radicalmente.

-¿Quién es *Ágata*?-Preguntó otra vez Elisha.

-Mi amiga. La adoraba. Era mi compañera, mi peluche.-Hizo una pausa y añadió:- Mi gata.

-¿Dónde está ahora?

-La mató Cornelio cuando me casé contigo. Dijo que era un modo de castigarme. Ganas una esposa, me dijo, pero pierdes a tu más fiel amiga.

-Que hizo... ¿qué?-Exclamó Elisha, con una mueca de sorpresa.

-Estaba borracho. Estaba solo en su casa. Cogió un martillo y llamó a *Ágata*.

-Menudo animal... No mi vida, no te pongas triste, por favor. No debí sacar el tema, perdóname.

-No tienes culpa. Eso fue lo que él me dijo. Luego me pidió perdón, y le perdoné. No debí hacerlo. Debí haber vengado a mi amiga. Mi fiel amiga.

-Toma.

Elisha se había levantado y había sacado una pequeña botellita de cristal. Era vodka.

Tenían pocas provisiones, todo estaba muy justo, pero podían permitirse un pequeño capricho de vez en cuando. Gracias a los fuertes y sinceros contactos de Holz, el matrimonio contaba con una chica que les traía todas las provisiones que necesitaban. También conseguía libros para Adir, y champú suave para el cabello rubio de Elisha.

-Gracias...

02:12h

Noche cerrada. Muy cerrada. En ese piso reinaba el silencio. Toda la familia dormía junta en la misma habitación, por petición de Elisha. No se sentía segura si no tenía a los pequeños cerca.

Esa noche hacía algo de calor. Debían tener las ventanas cerradas y las cortinas echadas, lo que concentraba más aún todo.

Adir no podía dormir. Pensó en su padre. Le imaginó siendo arrestado por los nazis y maldiciendo su nombre y a su familia. Todo había acabado para su padre. Ya está.

Hacía mucho que no recibía cartas de nadie de su familia. Recordó la carta de Lili y sonrió. Le proporcionó mucha paz en su momento el haberla recibido. Aún podía recordar eso, por aquel entonces él trabajaba en la biblioteca.

Y luego estaba Margott. Él lo había puesto todo por ella. Había dado lo mejor de sí mismo. Nunca había sentido un amor tan fuerte, tan venenoso, tan exhausto y peligroso. Y sólo le sirvió para que le apuñalasen el alma.

¿No te olvidarás de mí? Le preguntó Adir en una ocasión.

Jamás te olvidaré. No podría hacerlo. Respondió ella, besándole.

Pero lo cierto es que su memoria se fue alejando de mí, rápido y en silencio. De un solo golpe. Caí en el pozo de su olvido.

Su ausencia le estorbaba. Y aprendió a vivir sin Margott.

Y dejó de amarla. Aceptó que ella no quería su amor, y Adir decidió guardarlo para otra persona que de verdad lo necesitase.

Elisha... Esa ducha de agua fría en el infierno. Ese desierto oscuro que quedaba eclipsado por la brillante sonrisa de su esposa.

Pensó en Holz.

Elisha era una mujer tan, tan fuerte también...

La miró dormir. Su respiración, tranquila, era muy silenciosa. Adir alargó la mano y acarició su cabello. Era suave, era dulce. Olía a algo especial. A bizcochos, a fruta. A felicidad. A calor, a esperanza. Toda ella olía a esperanza. Ella fue arrancada de un mundo perfecto para acudir a él.

Adir se miró la misma mano con la que la acarició. Pensó en su cuerpo, en su mente. ¿Qué vida había llevado? Hizo un repaso sobre sus errores, sus éxitos, sus problemas, sus momentos tristes, sus momentos felices. ¿Qué pasaría después?

Pensó, también, en Abraham y en David. Sus hijos. Y lamentó el haberlos traído a un mundo tan frío y egoísta, tan interesado y peligroso. Pero sintió una pesada tristeza al imaginarse su vida sin ellos.

Debería ser un crimen tener hijos. Meditó Adir, con rabia.

Inevitablemente, y sin saber por qué, Adir terminó con lágrimas en los ojos, con la almohada ligeramente mojada. ¿Qué estoy haciendo? Pensó. No es momento de llorar.

Se limpió con las manos las lágrimas y cerró los ojos.

Él era un luchador.

Y dormía con su manada.

Una bomba cayó muy cerca de las oficinas abandonadas de prensa.

Cortó el silencio puro que emergía de la calma de esa familia.

Luego cayeron dos bombas más, pero lejos. Las sirenas sonaron, engulleron la vida de esa ciudad. Emergieron de la nada, causando muchas muertes.

Los gritos fueron la voz de Ámsterdam aquella noche, otra vez. Adir se incorporó rápidamente y buscó a su familia. Sus ojos aún no veían nada, pero eso no le detuvo. Un pequeño mareo le invadió. Elisha estaba abrazando a los niños, que no dejaban de llorar.

-¡Pequeños! ¡Pequeños! ¡Shhhh! ¡Shhhh! Ya... ¡Ya está! Mamá está aquí, ¡callaos!

-¡Elisha! Elisha, ¿estás herida? ¿Estáis bien todos?

-Sí, sí, no grites tú también. Anda, trae velas.-Gritó, acariciando la cabeza a David.

-¿Para qué?

-La luz les calmará. Pobrecitos...-Ella sollozó.- Mis pobres niños...

-¡No! ¡No podemos dejar que nos vean!

-¡Por favor, Adir!-Suplicó ella, con voz temblorosa- ¡Yo también estoy asustada!

17 de marzo de 1942 – 12:15h

-Gracias, Edith.

-De nada, Adir. ¿Qué tal está su esposa?

-Está echada. Los niños se despertarán en un rato.

-Volveré pasado mañana, y me cuentan, ¿de acuerdo?

-Adiós.

Adir cerró la puerta.

Edith era aquella amiga de Holz que les traía víveres y provisiones. Algo joven, vivía en casa con sus ocho hermanos, sus dos tíos y sus padres. Su madre estaba enferma, pero contaba con la ventaja de que su padre era médico. Traía de cuando en cuando algo de comida y artículos de higiene.

Entraba desde el primer piso, y por la parte trasera del edificio. Había un agujero que estaba pendiente de reparación, y por él Edith cabía perfectamente. Para disimular, el agujero estaba tapado con un poco de chapa y pintura, pasando sin problemas por un arreglo improvisado.

Edith daba unos pequeños toques a la chapa y Adir le abría, recibiendo su sonrisa y provisiones.

Elisha se había enfriado. El otro día había llovido, y el techo tenía goteras. Cuando despertó a la mañana siguiente, tenía dolor de garganta y algo de fiebre.

Debido al cambio de vida y al estrés, la muchacha estaba nerviosa y baja de defensas.

Edith había traído algunos medicamentos y pastillas para ella.

Adir echó un vistazo a sus hijos, que estaban durmiendo, y fue al despacho de Holz, donde estaba su esposa echada en un colchón.

-¿Cómo estás, cielo?

Elisha no contestó inmediatamente. Tenía los ojos medio cerrados, sudaba y sus ojeras entristecían aún más su semblante enfermo.

-Mejor que ayer.

-Mira, Edith me ha traído medicinas... Voy a darte agua. ¿Quieres que haga algo de sopa de pollo?

-Déjame que te diga dónde están las cosas.

-¡No te levantes!

-Puedo hacer las cosas perfectamente, cariño. No voy a morirme por un enfriamiento y dolor de garganta.-Dijo ella, tosiendo, incorporándose.

Adir, por su parte, puso la mano en su pecho e, instándola a tumbarse, dijo:

-Prométeme que te vas a querer como te quiero yo.

Elisha, arrobada, agarró la mano de su esposo y la besó.

-Ya puedes lavarte bien, ¡ja, ja, ja!-Rió ella, pero su alegre risa terminó en una dura tos.

Adir estuvo todo el día haciendo tareas, con una sonrisa en los labios. Cuando veía a su esposa echada, en su mente aparecía su madre en estado terminal. Era un recuerdo que se le atragantaba, un recuerdo clavado en su memoria, una forma de clavo ardiendo.

Cuidó a su esposa, atendió a sus hijos y revisó otra vez el tejado, comprobando, satisfecho, que no había más goteras. Limpió un poco el escondite y, cuando finalmente pudo sentarse un rato, era la hora de hacer la cena, tomar la temperatura a Elisha y atender otra vez a los chicos.

-En un par de días estaré otra vez bien, Adir. Así podremos repartirnos las tareas.

-Los días que necesites.

Era de noche, él sostenía la mano a su mujer, que estaba sentada sobre el colchón. Habían cenado y los niños dormían tranquilos.

-Espero que no suelten bombas por la noche. Con lo bien que estaba soñando la otra vez...-Suspiró Elisha.

-¿Qué soñabas?

-Soñaba... Soñaba con mis amigas. Con Annelise y Marie. Las echo tanto de menos.

¿Qué habrá sido de ellas?

-No lo sé.-Adir bajó la cabeza y miró la mano de su esposa. Sus uñas largas eran bonitas, aún afinaban más la delgadez de sus falanges. Qué bello era el anillo que portaba. El anillo de bodas, gris y con dibujos. Gris, como la luna.

El joven cayó en la cuenta de que todo lo que tenía en el mundo era su familia. Elisha tenía hermanos, amigas, unos padres que la querían. Sin embargo, Adir no tenía amigos,

o al menos sus aficiones no eran iguales que las de sus conocidos. Su madre había muerto, y su padre jamás les quiso. Tampoco tenía hermanos porque Esther sólo había podido dar a luz a un bebé vivo.

Elisha, una mujer de carácter alegre y familiar, tenía dos buenísimas amigas, Annelise y Marie. Quedaban para hablar de sus inquietudes y deseos.

Pero se lo habían arrebatado todo, gracias a la guerra.

Adir estaba acostumbrado a estar solo. Ni si quiera se carteaba con nadie, al menos no desde hace años. No sabía nada de nadie. Su mundo era su mujer y sus dos hijos.

Pero le daba igual, con eso le bastaba, ese mundo tan limitado era sincero y lleno de amor, por eso le saciaba.

Elisha, por otra parte, necesitaba saber de alguien más.

Adir conocía a sus amigas, había quedado con ellas más de una vez, y las conocía. Y también conocía a su esposa lo suficiente como para saber que a ella le haría muchísima ilusión el recibir alguna carta de ellas.

30 de marzo de 1942 – 18:33h

Abraham y David jugaban tranquilamente con unos cochecitos y una muñeca, todo concedido por cortesía de Edith.

Elisha estaba sentada medio dormida en una silla de ruedas, esa tan ancha y negra en la que solía coser. Había hablado con Adir de sus amigas, y volvió a confesarle lo mucho que las añoraba.

Ella había empezado a llorar, lamentando todo, deprimida, su situación familiar, su situación laboral, todo.

Se sentía perdida, sentía como si su vida hubiese sufrido una pausa. Un punto y a parte.

Había tenido que renunciar a tantas cosas...

-¡Elisha! ¡Elisha!-Susurró Adir, zarandeándole el hombro ligeramente.

-¿Qué?-Gritó ella, temblando, tensándose.- ¿Qué pasa? ¿Más bombas?

-No. Necesito que te asomes a la ventana. Han dejado un mensaje para ti.

-¿Qué? ¿Quién?

-Alguien que te admira mucho. Es un admirador, alguien a quien le fascina tu fortaleza.

Elisha, tiritando, se levantó rápidamente y corrió hacia la ventana que daba a la parte trasera de las oficinas. Abrió mucho los ojos y se llevó las dos manos a la boca, riendo.

*Me robas la sonrisa
que ni yo sabía que
tenía entre los labios.*

Mientras ella estaba ensimismada con esa frase, Adir aprovechó y sacó dos sobres amarillentos de un cajón.

-Hablé con Edith, ¿sabes?-Le susurró. Se había acercado desde atrás y rodeó la cintura de su esposa con las dos manos.- Tus amigas están bien. Te han escrito. Guarda las cartas.

20:15h

David estaba mirando un libro con muchos dibujos. Abraham, sin embargo, prefería jugar con su hermano, tirándole del negro cabello.

Elisha, por su parte, estaba llenando una especie de bañera portátil con agua templada.

Iba a bañarse.

Tenía la cara llena de felicidad. Sus amigas, sus mejores amigas, estaban vivas. Y le habían escrito.

Acarició el agua antes de meterse con cuidado.

...

Hola, Eli:

También he pensado en ti.

Espero que tu familia esté bien. Me contaron lo de tu padre... Y te doy mi más sentido pésame. Era un claro ejemplo de auténtico periodismo transparente.

Mi tía quedó destrozada porque, cuando volvió del mercado, se encontró su casa con tablones clavados a la puerta y las ventanas... Su familia había sido llamada a los campos de concentración. La hemos acogido en casa, al menos mis padres y mis hermanos están bien.

No quiero entristecerte. Cuéntame tú, ¿cómo estás? Espero que Abraham y David estén bien, seguro que están guapísimos, tienen tu físico. Y cuando Abraham sonrío, se le notan dos pequeños hoyuelos en las mejillas, ¡son adorables!

Te mando algunas fotos del mes pasado. Vamos, ¡mándame buenas noticias!

Adir se puso en contacto conmigo a través de una amiga, ¿cómo está él? Lamento decirte que la mayoría de sus amigos ya no están aquí, con nosotros... Salvo Levana, seguro que él la recuerda. Su familia está en Suiza, corrieron rápidamente, no sé ni cómo viajaron. Pero han desaparecido. Corre el rumor de que engañó a su marido con su antiguo novio, ese tal Aaron, y que uno de sus hijos es de él.

No sé dónde estáis vosotros, y no es necesario que me lo digáis. Lo que necesito saber es que si estáis bien.

Por cierto, la escuela ha sido bombardeada. Mis hijos, afortunadamente están en el liceo judío, aprendiendo idiomas. Son muy importantes, Eli, ¡aprende idiomas! Siempre se te dio muy bien el francés.

Echo de menos esos largos paseos que dábamos las tres. No sé nada de Annelise, no sé si quiera si está viva...

No sé ni cuándo acabará esta guerra.

Tenemos una radio, la tomamos prestada de las oficinas de prensa abandonadas. Ya sabes, esa que está en el subsuelo, donde la cabina está insonorizada. Dejé una vela en el despacho de tu padre como muestra de respeto, espero que no te importe.

Un beso muy fuerte, Eli.

¡Siempre, siempre seremos amigas! ¡Pase lo que pase! ¡Todas juntas!

Marie.

¡Eli! ¿Cómo estás?

Dios mío, cuando me lo dijo esa amiga de Adir no la creí, es más, al principio cogí la hoja de papel y la pluma como si fuese una estúpida. Pero ahora que he empezado a escribirla, me siento con fuerzas, me siento feliz, ¡no nos tienen tan sometidos, después de todo!

Estoy intentando ponerme en contacto con Marie, pero no lo consigo. Me han llegado noticias de que puede que no esté muerta... La esperanza, la esperanza jamás me la arrebatarán esos sucios y primitivos alemanes. Yo lucharé. LUCHARÉ.

No sé qué contarte. Vivimos bajo tierra, ¿y tú? No es una buena idea vivir ahí. Cuando cayeron bombas dieron a mi hermana.

La familia está destrozada. Ella perdió un brazo, y no pudimos cerrar la herida. No pudimos llamar a un médico por razones obvias. El único médico de la familia fue detenido mientras compraba fruta, y ya no le hemos vuelto a ver. Mi pobre esposo...

Me da igual todo. Ya no siento cariño por nada ni por nadie, sólo por mí misma. Y el saber que estás viva, me ha aportado algo de esperanza.

Si me llevan a los campos de concentración, haré todo lo posible para que las vidas nazis sean míseras y tristes. Si me matan, me llevaré a todos los alemanes que pueda.

Estoy estudiando francés, viene muy bien. De vez en cuando puedo conseguir algún periódico, pero en francés. Te enviaré noticias, ¿vale?

Cuéntame, qué es de ti. Yo no quiero contarte nada porque no hay nada bueno que contar. No sé cuándo acabará esta basura. ESTA BASURA QUE ES LA GUERRA.

El papel escasea. Cuando consiga un poco, te escribiré más.

Muchos besos, Elisha, a ti, a tu esposo y a tus pequeños.

Annelise.

P.D.: Supe lo de Cornelio. No pude evitar el carcajearme.

Elisha pensó en el futuro. Había guardado esas cartas tan importantes en un cajón del despacho de su padre. Recordó la advertencia de sus amigas y de su padre: ¡los idiomas son importantes! ¡El inglés y el alemán son los más necesitados!

Ella sabía francés y algo de alemán. Había conseguido mejorar su nivel de alemán esos días gracias a unos diccionarios que había en las oficinas del piso de abajo. Pero odiaba el inglés. Le parecía una lengua sucia, y jamás se le dio bien. Su francés, sin embargo, era perfecto.

La muchacha estaba secándose con la toalla cuando Adir entró a esa habitación.

-Eh... ¡Mi pequeño ángel! Ya salgo, déjame diez minutos que me vista, puedo peinarme en el...

-No.-Sonrió él.

Ese despacho estaba acomodado para los baños y para lavar la ropa. Había un retrete al fondo del pasillo, pero la habitación era tan angosta que sólo cabía una persona ahí dentro, no había espacio para lavabos ni productos de limpieza.

Adir acarició el cabello mojado de su esposa.

-Está todo pegajoso.-Dijo ella.- He tenido que lavármelo con jabón y no con champú, a ver si le decimos a Edith que nos traiga más...

Adir cerró la puerta y silenció a su esposa con un beso. Le quitó despacio la toalla.

Quería que la sonrisa de Elisha durase hasta, al menos, mañana.

9 de abril de 1942 – 06:22h

-¡Sí! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Funciona!

-¿El qué, querido?

Abraham había encontrado una radio tirada en las profundidades de unos cajones metálicos de un despacho del piso más alto. Se la había entregado a David, y juntos se habían propuesto el querer destrozarla.

Alertados por los golpes, Adir se había levantado de su colchón y había acudido hacia donde se encontraban los chicos.

Elisha, por su parte, revisaba todas las habitaciones, buscando a sus hijos al ver que se habían levantado de su colchón.

Adir consiguió quitarles la radio a sus hijos, pese a que los chicos, enrabiados, rompieron a llorar.

Dejaron de armar escándalo cuando Adir la encendió y, riendo feliz como si hubiese escuchado el chiste más gracioso del mundo, comprobó que funcionaba.

La risa alertó a Elisha de que no había pasado nada grave y, ya más tranquila, recorrió los cuartos para toparse con el resto de su familia.

-¡Sí! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Funciona!

-¿El qué, querido?

-¡La radio! ¡Funciona, funciona!

Elisha se agachó y examinó mejor la radio. Atenta, buscó una emisora de noticias. Y encontró una, pero lamentablemente, el locutor hablaba en inglés, y esa lengua no era su especialidad.

-La mía sí.-Confesó orgulloso Adir, que desenchufó la radio y corrió a llevarla al despacho de Holz.

Elisha cogió a sus hijos de la mano y, con un paso más lento, le siguieron.

Los cuatro se acomodaron en sus respectivos colchones, uno grande para el matrimonio y uno pequeño para los niños. Elisha se cubrió con una sábana y dejó la mirada perdida en la nada. Abraham se quedó dormido en seguida en su colchón, y David decidió acurrucarse al lado de su madre.

Adir no podía dormir. Esa radio era un modo de comunicación con el mundo exterior. Un lazo que sentenciaba al mundo a tenerlos en cuenta. A no abandonarles. Esa radio era una ventana al resto de lugares que no fuese ese pequeño despacho.

El locutor habló del tiempo, de deportes y, más tarde, comenzó a dar las noticias interesantes, las que de verdad importaban a Adir.

El joven, de rodillas sobre el colchón, pudo ponerse rápidamente al día.

Su esposa hacía muchos minutos que se había quedado dormida, y sus hijos, acompañados de esa voz extranjera, intentaron golpear la radio.

David empezó a tocar los botones, pero Adir, nervioso, le detuvo. Estaba intentando asimilar todo lo que había escuchado, y, después de indagar sobre el resto de emisoras,

concluyó con que esa, encabezada por un tal *Patrick Baker*, era la que trataba los temas más adecuados. Así que apagó la radio y llevó a su hijo a la cama.

Recorrió con la mirada a sus pequeños.

Habían crecido mucho desde que entraron en ese edificio. Pero Adir se fijó en algo extraño.

Abraham tenía la piel algo amarillenta. David estaba muy, muy pálido. Y parecía que sus piernas estaban algo dobladas.

Esos chiquillos vivían sin preocupaciones, y dormían todas sus horas, pero tenían ojeras.

Adir cogió otra vez en brazos a David y lo llevó a la ventana, donde daba el sol. El niño estaba muy despierto, pero cuando unos pocos rayos de luz le bañaron la cara, giró rápidamente la mirada y apretó los párpados.

Esos niños necesitaban sol, su crecimiento no iba nada bien.

-Entiendo.-Zanjó Adir.

-Mi padre sabe mucho de esto, sigue las instrucciones al pie de la letra.

-Gracias, Edith.-Dijo de nuevo Adir, y apretó el trozo de papel entre sus dedos, sonriendo.

-Me marcho ya. Volveré en tres días, ¿de acuerdo?

-Bien.

Edith se fue silenciosamente y, antes de volver a colocar el trozo de chapa pintada en su sitio, dejó un sobre marrón encima de una polvorienta estantería, guiñándole un ojo.

Adir cogió el sobre, se lo guardó en el bolsillo del pantalón y fue al despacho de Holz. Allí, Elisha estaba leyendo un libro en francés, mientras de la radio salía una dulce melodía de piano.

Abraham estaba jugando con uno de los zapatos de su madre, que eran negros y con algo de tacón, y David, que estaba muy cerca de la radio, se limitaba a palpar la parte trasera del aparato con sumo cuidado.

-Aquí está, vida mía. La receta del médico. Y en esta caja están todos los ingredientes.-
Anunció Adir, quien había pedido consejo a Edith sobre los peligros de la falta de sol en los niños pequeños.

-¡Ah! ¡Qué maravilla!-Suspiró la mujer, levantándose con cuidado de no pisar a su hijo.- ¡Oh, cielos!-Exclamó, juntando las dos manos, al ver que el niño, con ganas de jugar, se lanzaba a sus pies.

Los glóbulos rojos y el volumen de sangre aumentan con el Sol, las sustancias lipoides de la piel se transforman en vitamina 'D', muy necesaria para la formación ósea. Perturbaciones del sistema neurovegetativo, y sensibilidad a factores ambientales, son también curadas por el Sol.

El antecedente de untarse la piel con algunos aceites vegetales no es desacertado.

El aceite de Coco absorbe el 23%; el de maní el 24%; el de oliva el 23%; el de Algodón el 26%; el de sésamo el 39 %. De las radiaciones indeseables.

Mezclando 80 grs. de uno de los aceite con 20grs. de Miristato de Isopropilo se logra un aceite protector de las radiaciones que producen Eritema solar.

Exponga a sus hijos con esos aceites untados y podrán, poco a poco, acostumbrarse al Sol, sin daños.

SUERTE.

-Lo cierto es que Edith es un cielo de mujer. Es un encanto, nos está ayudando lo que nadie sabe.-Dijo Elisha, con los ojos brillantes.

Rápidamente ambos se dispusieron a preparar esa mezcla y a abrir una ventana.

Los chiquillos al principio se resistieron un poco, pero terminaron por quedarse bajo la ventana, recibiendo los rayos de Apolo.

Adir se quedó pensando en el futuro de sus hijos, y rápidamente en su mente se dibujó la radio que Abraham había encontrado. La encendió y buscó la emisora de noticias en inglés, deseoso de saber de buenas noticias.

Elisha se quedó bajo la ventana. Era la primera vez que la abrían desde que estaban en ese refugio.

La joven rubia sonrió y se quedó embelesada observando las nubes. Fuera dos pájaros volaban, muy alto, con agilidad y gracia.

Ojalá ella pudiese ser un ave, y no tener un sitio fijo. Respiró, respiró profundamente. Aspiró todo el aire que pudo, hasta que sus pulmones estuvieron llenos. Y luego suspiró, ruidosamente.

-Eh, hace mucho que no te oigo suspirar así.-Dijo Adir, riéndose, guiñándole un ojo.

-¿Siempre pensando en lo mismo?

-Sí... Siempre pienso en ti.

Elisha abandonó la ventana y se sentó, al lado de su esposo.

-¿Qué dicen en la radio?

-Dicen cosas... Cosas horribles. No pensemos en eso, anda. Ven. Bésame.

-Dímelo. Nunca se me dio muy bien el inglés.-Pidió suavemente ella, posando su mano en su boca, impidiéndole ese acercamiento.

-Hablan de lo que les hacen a los judíos en esos sitios.

-Esta mañana dijeron que los quemaban.

-Y los gasean, también.

-¿Cuánto crees que le queda a esta guerra? ¿Cuánto podremos aguantar?-Preguntó, alzando la voz, alterándose poco a poco.

-No pienses en eso ahora, por favor.-Susurró Adir, e hizo un gesto con la mano para que su esposa bajase el tono.- Sigue, sigue existiendo, sigue existiendo para mí.

-Echo de menos el café. El café de verdad.-Espetó Elisha, y apoyó sus mejillas en las palmas de sus manos.

-Yo echo de menos el oírte cantar.

-Lo primero que haremos cuando esto se acabe, será hacer una fiesta en casa. Invitaré a Marie y a Annelise.

01:50h

Elisha se metía en la cama. Había ido al baño y volvía con ese perfume a flores y dulces en la piel. Cada movimiento que hacía ese ángel de ojos oscuros, parecía congelarse en el tiempo. Esos ojos vivos, esos bailes de sus cabellos.

Adir la besó en la frente y apagó una vela. Abraham y David estaban dormidos, habían tenido un día muy ajetreado, no habían dejado de jugar. Parecían aliviados de estar en otro sitio que no fuese bajo la ventana.

Sin más, Adir pensó en la biblioteca, en esa donde solía trabajar de más joven. Nunca se imaginó que, años más tarde, acabaría encerrado en unas oficinas abandonadas, concretamente, en el despacho del difunto padre de su amada esposa.

De nuevo, esa preocupación que arrastraba... Sus hijos. El futuro de sus hijos. ¿Qué sería de ellos? Parecían desarrollarse bien, pero ¿qué pasará si esta guerra dura cuatro años más, por ejemplo? ¿Aguantarían cuatro años allí? ¿Era fiable la información que Holz le había brindado o se habría confundido?

¿Y si cayese una bomba?

¿Y si el día de mañana sus hijos no pueden tener amigos por la falta de contacto con otros bebés de su edad?

Un pequeño chasquido luminoso inundó la mente de Adir. Se había olvidado por completo de la carta de Edith. Una que ella le había dado en mano, al margen de la cajita de medicamentos.

Bueno, pensó. Mañana se la daría a Elisha, juntos la compartirían.

Claro, que, por otra parte, era un sobre sin nada escrito. ¿Tenía algo dibujado? Sí, tenía un dibujo, era una flecha.

Espera, ¡tenía su propio nombre escrito! ¿Serían noticias? Una flecha simboliza una guerra... ¿O no?

¿Una flecha de qué?

Adir se levantó con cuidado del colchón y se dirigió a la silla negra de Elisha. Allí había dejado su pantalón de esta mañana. Perfecto, ahí seguía la carta.

Necesitaba abrirla, pero ¿y si Elisha se despertaba al oír el crujido del papel? Al tener un carácter nervioso, contaba con un sueño ligero. No podía arriesgarse a despertarla para una tontería, o peor ¡para decirle malas noticias!

Siempre hay tiempo para llorar, pensó Adir. Si eran malas noticias, podían esperar hasta mañana. No hay porqué perturbar el sueño de nadie.

Adir cogió una vela y se dirigió al cuarto de baño, ese tan angosto que estaba al final del pasillo.

Encendió esa vela y abrió el sobre, con cuidado de no hacer demasiado ruido, porque a esas horas, el silencio del edificio era tan tétrico que se escuchaba cualquier sonido.

Era una carta para él. ¿De quién? ¿De su familia?

Adir:

No quiero fingir más. Si no hablo ahora, acabaré por ahogarme entre mis propias palabras. Sé que me observas con disimulo cuando ella está en el otro piso. Pero hace tiempo que no. Y me siento muy olvidada. No es necesario que finjas más. Y la próxima vez que me veas, no quiero discursitos ni juegos.

Soy esa persona que todo el mundo reemplaza después de un tiempo. Pero sé que tú no me dejarás.

No puedo olvidar tus ojos. Me han hecho ver lo que los míos no podían. Me encanta la gente que me mira como tú. Porque sé que me miras.

Aunque ahora no. Adir, ambos somos dos personas que no tienen rumbo fijo en el terreno sentimental. Yo puedo saciarte, puedo darte todo lo que necesitas.

Tienes un matrimonio normal, y lo normal es una ilusión. Lo que es normal para una araña, es mortal para una mosca.

He sido tímida desde el primer momento, intentando asegurarme de tus sentimientos. Si accedí a ayudarte fue por eso, para ver si realmente estamos destinados.

Y lo estamos. Sé que te has dado cuenta, no lo niegues, no alargues más esta agonía que nos devora el alma. No hace falta que te divorcies. Quiero a tus hijos, pero es necesario que tengamos otro.

Dame una respuesta la próxima vez, no me hagas sentir tan abandonada, hace días que no duermo pensando en ti.

Siempre juntos.

Adir tuvo que leerse la carta cinco veces más para poder pensar algo. Lo primero que le vino a la cabeza fue una Edith con una camisa de fuerza siendo arrastrada por un pasillo blanco y acolchado, mientras ella chillaba obscenidades.

Después, pensó en Elisha. ¿Qué le diría?

Al día siguiente – 08:00h

-¡La voy a agarrar de ese pelo grasiento y largo y voy a arrancarle de cuajo esa estúpida trenza que trae siempre! La niñata esa malpar... ¡YARG!

Elisha estaba roja. Había estado dos horas casi gritando.

Sabía perfectamente que debía emplear un tono de voz calmado por el simple hecho de que vivía escondida y no podían permitirse el lujo de que un ajeno les oyese desde la calle.

Adir estaba sentado en la silla pequeña de Holz, una naranja y firme, con las piernas cruzadas y apoyando su barbilla en su mano derecha.

-Siéntate aquí, por favor, porque me estás poniendo muy nervioso.-Pidió él, levantándose y señalando la silla negra.

Su esposa obedeció, arrugando la carta y tirándola al suelo. Adir la recogió, la estiró con cuidado y volvió a mirarla, releyendo frases sueltas.

-Sólo nos ayudaba para llevarte a la cama.-Dijo Elisha, cerrando los ojos.

-Es lo que tiene confiar en alguien, mi vida. Que aprovechan y te hieren.

-Creía que aún quedaba alguien honrado. Y más en los tiempos que están corriendo.-

Añadió, con un tono sombrío, y pestañeó. Una gruesa lágrima le corrió por la mejilla.

-Mi vida.-Adir se la limpió con un pañuelo de tela y la besó en los labios.- Una persona honrada es una persona estúpida. Y más en los tiempos que corren.-La corrigió.

-¿Qué podemos hacer? La mataba, la mataba, la agarraba del pelo y la lanzaba por la vent...

Adir la silenció con otro rápido beso y sugirió:

-Lo mejor es que hable yo con ella. No estés tú presente. Quédate en el despacho de Holz y no hagas ningún ruido, diré que estás dormida. La rechazaré e intentaré ver cuáles son sus verdaderas intenciones.

-¿Sus verdaderas intenciones? Yo te diré cuáles son sus verdaderas intenciones.-

Replicó, señalando la entrepierna a su esposo.

2 de mayo de 1942 – 13:57

Edith no apareció hasta el dos de mayo de 1942. No se supo porqué estuvo un mes sin aparecer, aunque, en opinión de Adir y Elisha, daba la impresión de que ella había calculado minuciosamente los momentos posteriores a la entrega de su carta. Era como si quisiera dar un margen de tiempo para hacer reflexionar al matrimonio, o, mejor dicho, a Adir, pues ella confiaba ciegamente en que su amenaza había quedado lo suficientemente bien camuflada como para que él no dijese nada a su esposa debido al riesgo de no ser ayudados más.

Adir y Elisha no podían permitirse el lujo de permanecer semanas sin los víveres pero gracias a la precavida personalidad de Elisha, habían ido separando desde un principio un pequeño porcentaje de provisiones conforme Edith realizaba sus visitas. De este modo, esos dos meses los habían pasado sin problemas, aunque tuviesen que ir con cuidado de no desperdiciar nada.

Abraham y David consiguieron mejorar notablemente su salud, y su crecimiento iba rápido y mejor de lo que el matrimonio creyó en un pasado.

Los chicos se llevaban muy bien, juntos descubrían cosas y entre ellos se contaban las cosas más absurdas y sorprendentes que podía esperarse de unos niños pequeños.

-¡Adir! ¿Puedes traerme dos tazones?

-¡Voy!

La pareja estaba haciendo un poco de sopa. Sólo quedaban dos filetes pequeños y algo de pasta.

A Elisha no le importaba tomar la sopa sin nada, pero sabía que el estómago de Adir era exigente, así que a él le añadió fideos. De esta forma, aunque los chiquillos comiesen menos sopa que sus padres, quedarían saciados cada uno con un filete.

-Apenas nos queda ya comida...-Suspiró Adir, entregándole un tazón rojo.

Su esposa guardó silencio y siguió moviendo la cuchara en círculos. Tenía el ceño ligeramente fruncido y apretaba los labios. Su cabello estaba grasoso; hacía más de una semana que no se lavaba la cabeza para que no se le gastase el poco champú que le quedaba.

-¿Tienes la carta de esa payasa?-Preguntó Elisha, al cabo de un rato.

-Sí.

-Perfecto. No la rompas. Si te pregunta di que...

Unos golpes sonaron en el piso de abajo. Unos golpecitos suaves, abundantes y lentos.

Edith estaba llamando, esa era la señal. El corazón de Adir dio un vuelco y Elisha abrió mucho los ojos, dejando la cuchara apoyada en posición horizontal en el canto de la olla.

-Deséame suerte.-Pidió Adir, y la besó fugazmente.

Abraham y David estaban viendo juntos un libro de animales. Era extraño que no les gustase correr como suele pasar con la mayoría de los niños, o saltar. Además, sus padres se habían fijado en que apenas hablaban y, cuando lo hacían, bajaban el tono de su voz y no solían vocalizar demasiado bien.

Adir bajó las escaleras con la carta guardada en el bolsillo de su pantalón. Tenía el pulso acelerado y no era precisamente por la rapidez de sus movimientos.

Se relamió y suspiró segundos antes de quitar la chapa y dejar pasar a Edith.

-Hola, Adir.-Dijo ella. Traía una cesta grande cargada con un montón de cosas. Víveres. Por fin, víveres. Por fin. Por fin.

-Hola. Ven, pasa.

El joven tapó el agujero y se quedó parado frente a ella. Edith sonreía, pero era una sonrisa fingida, débil y con algo de lastre. Ni si quiera enseñaba los dientes.

-Hola, Adir.-Repitió, colocando la cesta delante de sus piernas, las cuales estaban muy juntas. La mujer había perdido peso y se la veía muy maquillada.

-¿Qué tal? Hace semanas que no te vemos. Ya te empezábamos a echar de menos.

Elisha quitó la cacerola de los fogones porque la sopa ya estaba lista. Se secó las manos con un trapo y se quitó los tacones negros, con cuidado. Temblaba. Le temblaba el labio y parecía estar sin fuerzas, como si una de las muchas ráfagas de aire que entraba por la ventanita le arrebatase la vitalidad.

La mujer se arremangó el vestido y bajó las escaleras descalza para no hacer ruido, e ignorando su garganta seca.

Conforme se acercaba a la parte trasera del edificio, escuchaba con mayor intensidad las frases de Edith.

Se quedó pegada a una de las paredes y afinó el oído.

-Pareces más delgado.-Decía Edith.

-Ah, ¿sí? Pues no sé.-Respondió Adir, fingiendo inocencia, y se produjo un silencio.

-Lamento muchísimo no haber podido venir en estas semanas.-Dijo, al cabo de un rato, resoplando exageradamente y mirando al techo.

<<Eres una payasa estúpida que no valdría ni para entretener a los nazis. Payasa. ¡Payasa!>> Pensó Elisha, furiosa, seguido de un montón de palabrotas.

-¿Qué te ha pasado?-Inquirió Adir.

-He estado... Ocupada.-Levantó la mirada y clavó sus ojos en los de Adir. ¡Ah!-Advirtió ella, al ver que él había hecho ademán de coger la cesta, como hacía siempre.

-¿Qué? ¿Qué pasa?-Siguió Adir, al ver que ella alejaba la cesta de sus manos.

-No me digas que no has leído la carta.

Adir guardó silencio.

<< Oh, cielo, me encantaría verte la carita. >> Sonrió Elisha, para sus adentros, sintiendo la incomodidad que debía de estar sufriendo Adir. Soltó el bajo de su vestido y se apoyó en una pierna. Su mano izquierda estaba quieta encima de su pecho.

-Sí, la he leído.

Edith soltó la cesta rápidamente y se abalanzó hacia los labios de Adir. Más que un beso parecía que estuviese devorándole la boca. El joven, con sangre fría, la agarró con fuerza de los brazos y la hizo retroceder.

-¿Dónde está tu esposa?

-He roto tu carta.-Mintió.

-Mejor, así ella no sabrá...

-Amo a mi esposa, es la única mujer que hay y habrá en mi vida.-Expuso Adir, firmemente.

-Puedes amarla, ella no tiene porqué saber lo nuestro.

-No te has enterado, ¿verdad? **La única mujer** que habrá en mi vida.-Recalcó, con ímpetu, las tres primeras palabras.

Elisha seguía atenta.

-Entiendo que no sepas la falta que te hago, porque no todos están preparados para el amor.-Respondió Edith, alisándose la camiseta y la falda y pasándose un dedo por la comisura de sus labios.

-Yo no soy tuyo, maldita enferma. Soy de Elisha.

Edith intentó besar de nuevo a Adir, pero él la empujó, haciendo que se chocase contra la pared.

-Te daré un tiempo para que te lo pienses.-Espetó ella, con la mirada enloquecida, y pateando la chapa.

Elisha subió al despacho de su padre y cruzó el pasillo que estaba pasado una puerta de su interior. Se encerró en el baño y lloró, lloró y lloró, dejando a Adir al cargo de Abraham y David. Tenía una noticia guardada, una noticia que acosaba su conciencia, y debía decírselo a su esposo, pero lo haría más tarde. Cuando tuviese fuerzas.

17:20h

-Te digo que tienes los ojos irritados.

-Bueno, no sé, puede.-Respondió ella.

Hacía sol en el exterior y corría un vientecillo fresco que incitaba a pasear y a disfrutar de una bebida a la gente con sus amigos. Abraham y David estaban mirando la ventana, recibiendo los rayos de sol, y pintando con dos lápices, tranquilamente.

Adir pensaba en las ganas que tenía de ir con su esposa al cine, a ver una película de acción. Seguro que ella iría elegantemente vestida. Podría incluso portar un collar que él previamente le había regalado por sorpresa.

Y cuando él se lo mostrase, ella, feliz, le abrazaría y le besaría la nariz, como hacía siempre que Adir le regalaba algo.

-¿Me has escuchado?-Preguntó Elisha, con los brazos cruzados y un mechón rubio de su cabeza incordiando a su nariz.

Era obvio que su esposa le había contado algo, pero Adir no le había prestado atención; estaba muy ocupado imaginándosela sonriendo y cantando en su casa.

-¿Qué? Perdona...

-Te estoy diciendo que tengo que comentarte algo, y que me gustaría que cuidases tu reacción.

-Claro cielo. Adelante. Hablaré cuando me lo digas.

La mujer miró al techo y resopló, antes de confesar:

-Estoy embarazada.

-¿¡QUÉ!?

Un qué. Eso fue todo lo que Adir dijo. Lo que le salió, porque Elisha, alarmada del gritito, le colocó la mano en los labios, tapándoselos, y chistándole con pequeños siseos, para que no hablase en una tonalidad más alta de lo permitido.

-Te he dicho que cuides tu reacción.-Advirtió la rubia, con el ceño fruncido.

-¡Eso es fantástico!

-No, Adir, no es fantástico. Es lo peor que nos puede pasar.

-¡Jamás digas eso!

-¡Adir! ¡Reacciona! ¿Qué pasará en el momento del parto? ¿Y si muere el niño?

-No va a morir.

-¿Y dónde voy a dar a luz? Si grito demasiado alertaré a todos. ¿Y vas a tolerar que un bebé lleve la vida que estamos llevando? ¿Aquí, encerrado? ¿Escondido, como si no existiese?

Elisha no pudo hablar más porque se dio cuenta de que unas lágrimas caían por sus mejillas.

Adir la abrazó, y eso aún la apenó más, arrancándole sollozos ahogados que intentaba, con todas sus fuerzas, silenciar, sin éxito.

-¿Cómo ha podido pasar?-Gimió su esposa, mirando al suelo.

-Creo que ya sé...

-¿Qué? ¿El qué?

-Cuando te pillé duchándote.-Susurró, con voz ronca.

Elisha cerró los ojos e ignoró esa última frase, tapándose el rostro con las manos.

Adir se las quitó e hizo que apoyase su rostro en su camisa, sin importarle que se la humedeciese con las lágrimas.

-¿Qué podemos hacer?

-Edith tiene a más de un médico en la familia...

-No, Adir, ¿no lo entiendes? ¡No deseo a este hijo!

-¡No vuelvas a decir eso!

Elisha se pasó bruscamente la mano por la nariz, limpiándose lágrimas y añadió:

-¡Este bebé no debería nacer!-Abrió la mano, extendió el brazo y señaló al suelo, con los cinco dedos. Torció el cuello y espetó:- ¡Esto no es vida, Adir! ¡No es vida!

El chico guardó silencio.

19:40h

Elisha estaba sentada en la silla negra, con las piernas cruzadas.

Sentía su cuerpo dormido y pesado. Era la primera pausa que hacía desde el primer momento que había anunciado a Adir su embarazo.

-Cada vez que intento arreglar las cosas, las termino empeorando, princesa. No sé qué más decirte. La culpa es mía, por haberte incitado aquella vez.

-Si es que yo también quería... Por eso me dejé.-Resopló.

Elisha entonces pensó. ¿Cómo podía haber llorado tanto si previamente se había desahogado en el baño? Se le había juntado todo: el crecimiento de sus hijos iba mal, una loca acosaba a su marido y, para colmo, estaba embarazada.

-Lo mejor es que no pienses en ello. Yo estaré contigo todo el tiempo, ya lo sabes. Y yo deseo a ese bebé, es uno más de la familia. Es nuestro.-Dijo Adir, palpando el vientre de su esposa.

Elisha no respondió. Adir siguió hablando.

-Poco a poco. Aún no vas a dar a luz. De momento, tómate las cosas con calma y yo te cuidaré. Te amo, Elisha.-Susurró, y juntó sus labios con los de ella.

Situación crítica

15 de enero de 1943 – 13:22h

Adir y Elisha habían conseguido salir adelante estos meses porque uno de los hermanos de Edith acudía a proporcionarle provisiones, en vez de ella. El hermano atendía a Elisha de vez en cuando, y le aconsejaba lo que podría ser mejor para un embarazo. Sugirió que el sótano podía ser una sala de parto improvisada, ya que estaba insonorizada debido a la maquinaria de imprenta que solía utilizarse. Comentó que todo estaba hecho aposta así dado a las numerosas quejas de los vecinos cuando en su momento las oficinas estaban activas.

No habían vuelto a tener noticias de Edith, claro que, por otro lado, el matrimonio evitaba preguntar sobre ella, ya que sabían perfectamente que era un error escuchar la respuesta de algo que no debe ser formulado.

-Que se tome esto.-Dijo el joven, entregando unas frutas.

-Gracias, Edward. Mi mujer apenas tiene fuerzas.

-Pero ¿come bien? ¿Necesita algo en concreto?

-No es eso... Es que el embarazo le está afectando mucho.

-Pues no debes permitir eso. Ella debería estar feliz. Sé que es una frase estúpida, pero lo último que necesita una futura madre es desesperación.

-Lo sé.

-Le traigo un libro. *Lo que el viento se llevó*, es una edición de bolsillo. Que se lo vaya leyendo por las tardes.

21:02h

Un empujón. Fuerte, con todo su poderío. Elisha apretaba una manta entre sus puños. El corazón parecía a punto de estallar. Sentía la adrenalina correr por sus venas, el sudor teñir su cuerpo de tensión, y su mirada, enloquecida, parecía estar compuesta sólo de instinto y supervivencia.

En su cabeza sólo estaba su esposo. Adir había salido, en contra de la voluntad de su esposa, a buscar a Edward. Por razones obvias, esto no agradó a Elisha, pero cambió de opinión cuando al romper aguas escuchó la chapa colocarse desde fuera; él se había marchado antes de escuchar opiniones.

Estaba sola. Debía traer al mundo a una criatura ella sola.

Y por su orgullo que lo iba a hacer. Ella podía hacerlo, podía. Y lo estaba haciendo.

Otro empujón. Apenas podía sentir el colchón sobre el que estaba echada.

Chilló, chilló con todas sus fuerzas, expulsando el dolor por medio de los pulmones. Por la garganta.

Tenía las piernas abiertas, colocadas sobre dos máquinas muertas. El hierro parecía no existir. Sólo existía el dolor.

Otro grito. Más, más gritos.

Su cabello se le pegaba a la piel. Parecía que alguien la había echado un cubo de agua caliente encima. Elisha sintió, otra vez, su piel inundada por su propio sudor.

Otra boca más que alimentar. Otra alma perdida que tendría que sobrevivir en el sistema.

¿Sería niño o niña?

Adir, Adir, ¿dónde estás? Los nazis te han llevado con ellos, ¿verdad? Te han disparado, o te han amenazado con delatarnos. Y seguro que tú dices que no tienes familia, para salvarme a mí, y a nuestros hijos. O tal vez te hayan seguido y vengan para acá. Me verán así, sudando como una bestia, gritando como una loca, abierta entera y sangrando.

Elisha gritó otra vez. Intentaba reprimirse, pero le era imposible. Le dio igual todo.

Abraham y David estaban en el despacho de Holz. Habían cerrado la puerta, pero los niños eran ya mayores y perfectamente podían darle al pomo.

¿Cómo podía ser tan agradable, en todos los sentidos, hacer un niño, pero tan doloroso traerlo? ¿Acaso era el precio del placer? ¿El precio del amor? ¿El amor cuesta, cuesta lágrimas?

Elisha no podía contener las lágrimas. Agarró la manta con las dos manos y la rasgó.

Más gritos, un grito largo, y el siguiente más corto pero más intenso.

Sentía a su hijo, lo sentía. Lo sentía venir, dentro de ella, saliendo, despacio.

Elisha tenía el rostro lleno de paz. Sostenía a su bebé entre sus brazos, percibiendo su calor. Adir había llegado justo a tiempo y, tal y como había prometido en su momento, no la dejó sola. Un médico había presenciado el parto y había proporcionado los cuidados pertinentes al matrimonio. Había sido una suerte increíble el que Adir hubiese podido encontrar un médico y que nadie les hubiese importunado.

La nueva madre tenía ojeras y el pelo enredado, pero le daba igual. Adir le había limpiado el cuerpo y permanecían juntos, ella tumbada con su criatura en el pecho y él con su mano en la cabeza del bebé.

-¡Mira! Tiene un lunar aquí...-Susurró Adir, señalando la muñeca derecha del bebé.-
Igual que mi madre...

-Es una niña...-Dijo el médico, recogiendo su maletín.- ¿Ya han pensado cómo llamarla?

-¡Esther!-Afirmó Elisha, sonriente.- Se llama Esther.

Adir miró a su esposa y le retiró un mechón de la frente. Estaba más guapa que nunca.

-Perfecto. Mañana por la mañana vendré a traer alimentos, pañales y demás. Esther...-
Cogió el maletín y subió las escaleras.- Es un bonito nombre.

-Espere doctor, le acompañaré hasta la salida.

Elisha sonrió.

Esther, qué bien sonaba.

Era la primera niña de la familia.

3 de febrero de 1943 – 06:33h

Adir estaba despierto. No tenía sueño, y eso que el día anterior había dormido muy poco porque habían estado tirando bombas. Abraham y David estaban apretados en su colchón, y su esposa, estirada y con Esther completamente acurrucada, dormía profundamente.

El muchacho se puso boca arriba y miró al techo. Apenas entraba luz por la ventana. Era increíble el silencio que reinaba por toda la ciudad en comparación con el día anterior y el griterío que había inundado el ambiente.

Un pequeño golpecito. Y otro. Otro más, ¿qué era eso?

Se escuchaban abajo.

Adir se levantó cautelosamente. El corazón le latía con fuerza y, sin vacilar en ningún momento, abrió un cajón del escritorio de Holz y sacó un cuchillo que había usado ayer para partir un filete.

Así, armado, defendería a su familia.

Bajó las escaleras y respiró profundamente, los golpecitos seguían, impertinentes y constantes.

Retiró la chapa mientras empuñaba ese cuchillo sucio.

Era Edith.

Retiró el arma bajo la sorprendente mueca de la joven, que le miraba nerviosa. No traía nada entre sus manos, e iba con un vestido negro y largo hasta los tobillos.

-¿Qué? ¿Qué haces aquí?-Susurró Adir, cogiéndola de la mano y haciéndola entrar rápidamente para no tentar a la suerte. Después tiró el cuchillo al suelo y la miró fijamente.- ¿Qué pasa, Edith?

La joven carraspeó y juntó sus manos. Miró hacia el techo y luego desvió la mirada hasta sus pies.

-Buenos días a ti también, Adir.-Susurró, con humildad.

Esa contestación hizo que el muchacho relajase los músculos y la respiración. Ella había venido, pero no tenía por qué acosarle de nuevo. Hacía meses que no se veían, y la pobre, en el fondo, no vendría con malas intenciones.

-Buenos días.-Respondió, con más amabilidad.

-He oído que Esther ha dado a luz.

-Así es.

-¿Y qué tal el parto? ¿Todo bien?

-Sí.-Contestó Adir, pensativo.

Se hizo un silencio. A él le dieron ganas de preguntar que a qué había venido, pero se propuso ser más simpático. Seguía tenso. No tenía por qué estarlo. Lo peor había pasado, su esposa había dado a luz. Y, según la información privada del señor Holz, la guerra terminaría en 1945, con la pérdida de Hitler.

Ya casi quedaba poco, casi.

-Ha sido una niña, la hemos llamado Esther.-Informó Adir, para crear un ambiente más relajado y cercano.-Es la primera niña de la familia, ya sabes lo que pasará, ¡será la mimada!

Edith seguía mirando al suelo. Su cabello cubría el rostro. La mujer había perdido aún más peso, y tenía una expresión apesadumbrada.

-Eh...-Murmuró Adir, acercándose a ella y cogiéndole de la mano.- ¿Qué te trae por aquí? ¿Tienes algún problema? ¿Podemos ayu...?

Edith retiró la mano bruscamente y le miró a los ojos, apretando los dientes.

-¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Cómo, después de todo lo que he hecho por ti?

-Se acabó.-Gritó Adir, olvidándose de los alemanes que solían patrullar por las calles, olvidándose de su familia durmiente.- Lárgate de aquí, psicótica.

-No me iré de aquí hasta que me beses.

Adir retiró la chapa e invitó a Edith con un gesto a irse fuera.

-Adir.-Dijo ella, con los puños apretados.- Última oportunidad.

-Adiós.

-Por favor... ¡Por favor! ¿Yo qué te he hecho?

-¿Y yo? No me dejas vivir en paz con mi familia...

-¡Te quiero! ¡Primero me incitas y ahora me dejas tirada! ¡Somos iguales! ¿Es que no lo ves? ¡No me importa que te acuestes con ella, pero sé mío! ¡Yo seré tuya! ¡Me has estado provocando y a la hora de la verdad te acobardas!

Adir la agarró de los hombros y la sacó a la fuerza del edificio. Ignoró sus resoplidos, gritos, lloros y pataleos.

Le plantó la chapa en sus narices y subió las escaleras.

No comentó nada a Elisha porque no quiso preocuparla.

12:00h

-Menuda manera de llover, cielo.-Dijo Elisha, cerrando las ventanas.

-Hay personas que sienten la lluvia, y personas que se mojan...-Murmuró Adir.

Había empezado a llover desde hacía un par de horas, y el agua caía con fuerza, sin importar el hecho de humedecer las calles.

Apenas había gente en las aceras, y los coches parecían haber desaparecido. De vez en cuando salían tanques y coches alemanes oficiales.

Abraham y David estaban mirando con mucha curiosidad a Esther. David, de vez en cuando, le acariciaba las manitas.

Adir estaba sintonizando la radio con cuidado; necesitaba permanecer al tanto de las cosas que sucedían aquí y en el extranjero, además, hacía un par de días que no la escuchaba.

-Ciérralo bien todo, preciosa...-Dijo Adir, refiriéndose a las ventanas.

-Ya, ya está. ¿Encuentras la que buscas?

-No... Hoy no estoy inspi...

Dos golpes, seguidos.

Muy fuertes.

Elisha abrió mucho los ojos y dirigió su mirada al pasillo.

Silencio.

-Puede ser cualquier cosa, cariño.-Susurró Adir.- No temas. Puede que haya niños jugando al balón.

-Estamos en guerra. ¿Y crees que, a día de hoy hay niños que...?

Cuatro golpes muy fuertes. Y pasos.

Unas personas habían entrado.

-Coge a los niños.-Dijo Adir, y le entregó a Esther a Elisha.

-No... Espera...

No hicieron falta más de diez segundos. Diez valiosísimos segundos, que, en otras circunstancias hubiesen sido igual de inservibles.

-¡Aquí están!

Voces masculinas que hablaban en alemán. Cuatro hombres con uniforme y armados habían subido las escaleras y les habían encontrado.

Demasiado rápido. Fue lo primero que Adir pensó. Era como si ya supiesen dónde estábamos. Alguien nos ha delatado. Esto es un edificio abandonado, y lo que cuesta subir directamente hasta el despacho de Holz es lo que han tardado.

-¿Cuántos son?

-Tal y como nos dijo esa, un hombre, una mujer, dos niños y una bebé. Sí, aquí es.

-Muy bien, Edith. Le permitiremos vivir cinco semanas más en su casa, una semana por cada miembro, tal y como acordamos, maldita perra, ¡ja, ja, ja, ja!

-Gracias, señor.-Dijo la joven, con la cara enrojecida y los ojos muy irritados.

Adir no podía pensar. No sentía nada, era como si la situación no fuese con él.

-A ver... Elisha, sí. Y Adir. Elisha, tenemos excelentes referencias tuyas, eres una genio con los números. Y tu marido es un intelectual de los idiomas. Bien. Al camión, vamos.

Adir estaba paralizado. No sabía qué hacer, ni qué decir, se había quedado en blanco.

Abraham y David lloraban debido a la brusquedad de los soldados alemanes, que los llevaban agarrados de las muñecas. Elisha se aferraba a Esther y de sus ojos caían lágrimas. Ni si quiera pestañeaba.

Edith se acercó al oído de Adir.

-Lo siento muchísimo, no tenía elección...-Susurró, con la voz casi quebrada. Le dio un suave beso en los labios y le miró a los ojos.

Fue cuando él reaccionó. Seguía sin pensar, seguía sin hablar. Pero los movimientos surgían desde lo más profundo de sus sentimientos.

Agarró a Edith del cabello y tiró hacia atrás, causando que su cuello se doblase, provocándole un gran dolor. Arremetió contra ella unos cuantos puñetazos al estómago

y, cuando estuvo tirada en el suelo, en posición fetal, se limitó a pisar su rostro y a patearla.

Los alemanes rieron ante tan tosco espectáculo, Abraham y David contemplaban a su padre enloquecido y Elisha seguía con la mente en blanco, sosteniendo a su hija pequeña.

-¡Ya vale! ¡Ya vale! ¡La vas a matar!

Separaron a Adir, que respiraba fuertemente, y cogieron bruscamente a Elisha del antebrazo, exigiéndoles a bajar las escaleras.

En pocos minutos todos estuvieron fuera de ese edificio.

Edith se quedó un rato más allí, tumbada, sintiendo los golpes y saboreando su sangre y la traición que acababa de hacer a una familia a cambio de dos meses más de relativa tranquilidad.

Primera baja - Esther

3 de febrero de 1943 – 16:57h

Esther no pudo vivir más de unos pocos meses. En cuanto Elisha puso un pie en el campamento, un soldado nazi cogió a la bebé de una pierna y la arrojó. La criatura, desnutrida, deshidratada y cansada de ese largo viaje hasta el campo de concentración, lloraba del dolor cuando sintió una mano apretarla salvajemente los tobillos, y gritó al ver que volaba por el cielo, dando vueltas.

Cuando la chiquilla seguía en el aire, otro soldado disparó, con tanta puntería que acertó en la cabeza, reventándole el cráneo por los aires.

Segunda baja - Elisha

2 de junio de 1943 – 22:07h

Elisha estaba echada en una cama. Tenía tres enfermedades venéreas y sufría de ladillas y síntomas de tifus. Había servido a importantes oficiales alemanes en finanzas, pero hacía un par de meses que un tal Arnulf había decidido que los servicios de esa judía amante de las matemáticas fuesen destinados a saciar la lujuria de todo alemán que pasase por allí.

Cuando las ladillas eran lo suficientemente numerosas como visualizar cómo saltaban desde su vagina hasta la entrepierna de quienquiera que estuviese intimando con ella, fue apaleada como castigo por enfermar.

Cuando se supo que estaba embarazada de un soldado nazi, fue condenada a las duchas de gas, como excusa de ser *una mujer impura con un cuerpo inferior como para tener un hijo de un humano [alemán]*.

Antes de morir, Elisha fue arrancada de la cama, desnudada y exhibida, arrastras, por zonas del campo de concentración.

Esa no era la vida que esa joven judía había imaginado. Ella era una muchacha joven, que tenía planeado viajar, mejorar en sus idiomas y criar a sus hijos, junto a su esposo. Y había terminado encerrada en un campo de concentración nazi, siendo golpeada y violada hasta la muerte.

Tercera baja – Abraham

Cuarta baja – David

15 de junio de 1943 – 18:00h

15 de junio de 1943 – 22:44h

(Respectivamente)

Abraham y David eran presos de los sádicos caprichos de Josef Mengele. Un doctor obsesionado con la creación de la raza perfecta, aunque ni si quiera merecía tener el título de doctor ya que lo único que hacía era convertir el cuerpo humano en una caótica carnicería.

Desde siempre le habían fascinado los gemelos, y cuando le informaron de que dos bebés habían llegado en el campamento, exigió que fuesen llevados a su consulta.

El *doctor* había cortado en vivo los brazos de los pequeños y había cosido sus venas entre sí, haciendo que Abraham estuviese pegado al brazo de su hermano.

De este modo, sus brazos, sangrando, estaban unidos.

Venas cosidas con venas.

Abraham murió por pérdida de sangre, falta de defensas y gangrena, y David siguió el mismo camino, también por pérdida de sangre y fiebre muy alta.

Josef Mengele se cansó rápido de ellos. Los metió en una bolsa negra y los prendió fuego.

Última baja – Adir

4 de octubre de 1943 – 14:16h

El joven judío se alejaba de la vida poco a poco.

Había trabajado como traductor en los campos de concentración a cambio de la seguridad de su familia.

Le tenían en alta estima por estar relacionado con el periodista Holz, ya que eso significaba que tendría información muy valiosa.

Adir, cuando descubrió que le habían estado mintiendo y que su mujer y sus hijos habían sufrido incontables abusos antes de morir, se negó a seguir trabajando para los alemanes.

Le enviaron a las duchas de gas, donde murió en pocos minutos.

A modo de humillación, y conociendo lo importante que era para él su esposa y sus hijos, le arrebataron el anillo de bodas diciendo *que así él moriría solo y no tendría nada que le uniese a su familia.*

Adir rió el último cuando murió, porque lo que de verdad le unía a sus seres queridos no era un simple trozo de metal, sino su amor incondicional.

Anillos de bodas Fotografía original



Todos estos pertenecían a víctimas del Holocausto